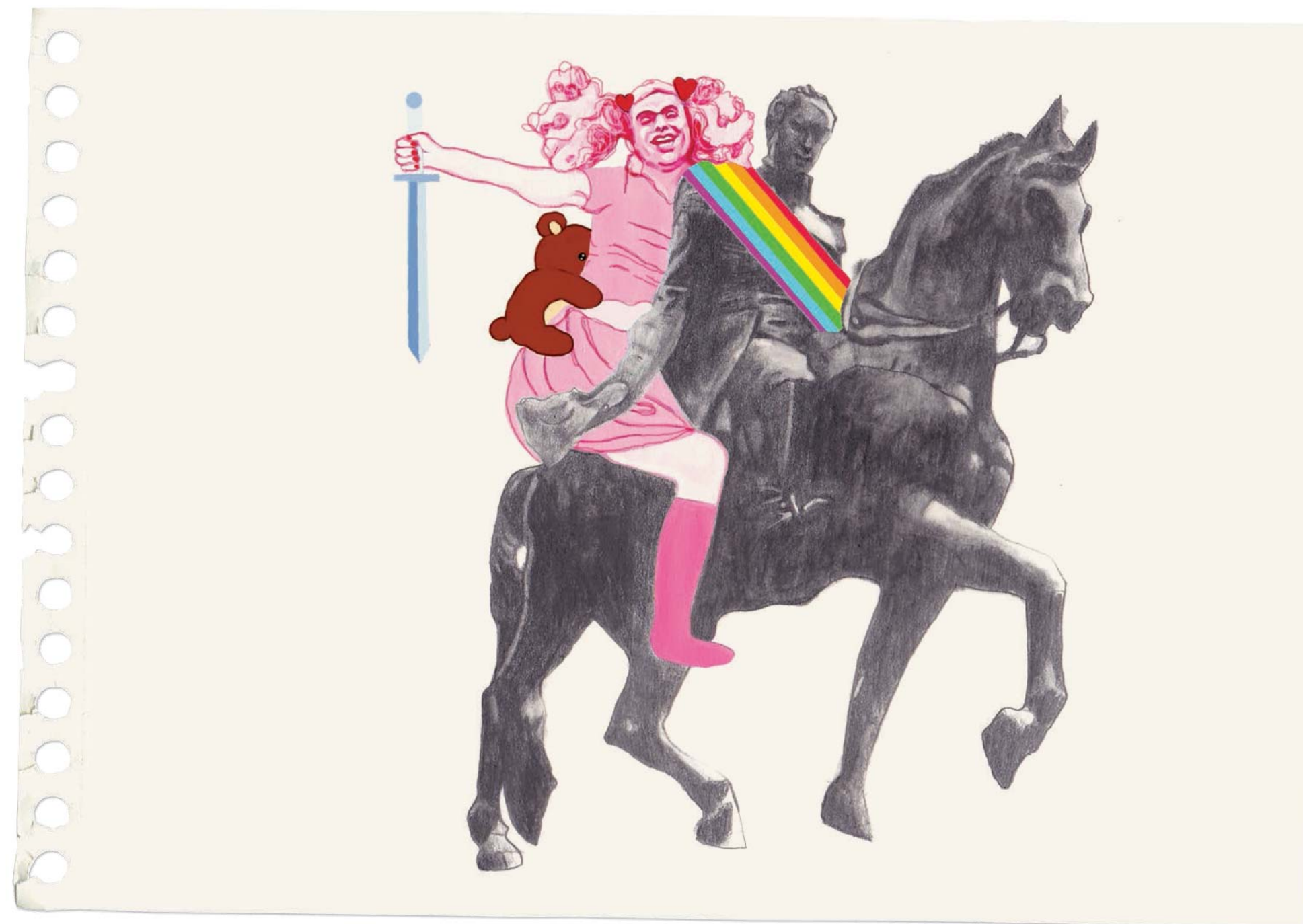


Parque de Bolívar



“Pero esa noche soñó, como tantas veces en su vida, que su mamá lo llevaba de la mano a comer helados en el Parque Bolívar de Medellín. El sueño tenía varias versiones, pero esta vez se bajaron del bus en el Parque Berrío, atravesaron el parque y dos calles hasta llegar a Junín. La mamá se veía inmensa con una falda gris de paño, una chaqueta negra y un sombrero pequeño tirado hacia un lado. Baldini se le soltaba de la mano a cada momento para ir a jugar en las tiendas de Junín y ella lo esperaba paciente mirándolo con esos ojos negros, grandes, que lo acompañaban a todas partes”.

León Valencia. *Con el pucho de la vida*. 2004.



1848



Gabriel Echeverri, Tyrrel Moore, Evaristo Zea y Marcelino Restrepo donaron los terrenos para construir un barrio elegante en las mangas pobladas de guayabales, higuerrillos, borracheros y zarzales del norte de la ciudad, entre las quebradas Santa Elena y La Loca. El proyecto se llamó inicialmente barrio Nuevo Londres y fue trazado a partir de una plaza denominada de Villanueva, la cual tenía una dimensión de 150 varas a cada lado. El trazado del nuevo barrio estuvo a cargo de Moore, quien donó el lote para la plaza y la Catedral.

1869

El proyecto avanzaba lentamente, y para este año, además de la casa de Tyrrel Moore en la esquina suroriental, existían apenas cuatro casas en la manzana oriental de la plaza.

1870



Se hizo la primera organización de la plaza de acuerdo a un plano diseñado por estudiantes de la Escuela de Minas. El terreno había sido nivelado, pues en el centro tenía un montículo; se habían sembrado los primeros árboles, algunos de ellos

Promesa de una villa nueva

Por ROBERTO LUIS JARAMILLO

Medellín tiende al Norte, cual aguja.
Tomás Carrasquilla

Caminos y camellones

En los primeros años del siglo XIX el caserío donde se asentaba la villa de Medellín estaba ya tan estrecho y poblado que el cabildo decidió demarcar dos barrios urbanos: el de San Lorenzo, que era el viejo casco colonial, y el de San Benito, nuevo poblado ubicado en la Calle Real que bajaba de la plaza al río. Cada uno tendría su propio “alcalde de barrio”, y ambos estarían limitados por la quebrada Santa Elena. La villa era cruce de caminos: uno que subía por la orilla derecha de la quebrada a buscar el altiplano de Rionegro; el que bajaba paralelo a la misma quebrada y llegaba hasta el río, pasando por la barriada de San Benito; el que giraba al sur de la Plazuela de San Francisco y pasaba por el cementerio para llevar al caminante por el arrabal de La Asomadera, desde donde se podían ver las partidas para Envigado, El Guayabal, Itagüí, La Estrella y El Prado; y otros dos que interesan para esta historia: el de El Chumbimbo, paralelo a la banda izquierda de la quebrada –hoy la calle Maracaibo–, que giraba hacia Guarne y Piedras Blancas, y el último, el Camino Real, que al salir de la plaza llevaba a Hato Viejo y seguía hasta El Hatillo, otra partida que conducía a Barbosa y a las minas del Porce y Santo Domingo, y al camino que subía al altiplano de Los Osos y se dispersaba hasta los sitios mineros del norte de la provincia. Se llamará la atención sobre dos arrabales, el uno entablado en El Chumbimbo, a orillas del arroyo de La Loca, y el otro formado a la vera del Camino Real hacia Hato Viejo.

Veinte años después de que Medellín fuera declarada capital de la provincia

de Antioquia el crecimiento de la población no se notaba, pues los veinte mil habitantes de la jurisdicción se repartían entre lo urbano y lo rural, entre la banda oriental del río y Otrabanda, al occidente. Los campesinos de San Cristóbal eran hortelanos; los agricultores de El Aguacatal, El Guayabal y Belén surtían a todos de lo que sembraban, así como de la miel; por su parte, los cañaduzales y hatos del norte proveían de panela y carne a toda la vieja villa y al norte de la provincia, donde se explotaban muchísimas minas de oro; uno que otro ojo de sal o *chupadero* era suficiente para sazonar la villa. Mineros y tratantes, funcionarios y clérigos, comerciantes y monjas del Carmen, pulperos y artesanos, agiotistas y ladroncitos, contrabandistas, abigeos y arrieros movían toda la economía. La mitad de los pobladores del Valle de Aburrá se asentaban en el riñón o centro de la ciudad y en sus arrabales.

Arrabales y barrios del norte

Tenía Medellín dos curatos y muchos clérigos, malos caminos de entrada y de salida en todas las direcciones, un promisorio colegio provincial, un obispo de Antioquia fuera de su sede porque se amañaba aquí, y una caja de ahorros, abierta cuando los más avaros al fin gastaron en la compra de mangas, pequeños lotes y solares diminutos con casitas, *mediasaguas* y ranchos, contiguos al casco urbano, con la esperanza de practicar la especulación en mejores tiempos. Las viviendas comenzaban a ser divididas, para acomodar más familias y adecuarles tiendas a los muchos mercaderes, pulperos, cantineros y artesanos que rebuscaban el sustento. También se asentaban en Medellín los nietos pueblerinos de los blancos



Simón Bolívar, obra de Giovanni Anderlini.



Predios que ocupa hoy el Parque de Bolívar. 1895.

pobres, estrechos y hambreados que habían salido años atrás del Valle de Aburrá a fungir como colonizadores, mineros o arrieros en el norte o en el suroeste. Entonces llegó de Santa Rosa, Yarumal, Anorí, Amagá, Fredonia y Titiribí un grupo de adinerados que se establecieron aquí, entraron los hijos al colegio, compraron las mejores casas de la plaza mayor y la Calle del Comercio, y cuanta manga vieron, pues el riñón ya era estrecho y se necesitaba una explosión urbana. Los recién llegados hicieron política, remedaron risibles modales burgueses, abultaron su panza y compraron el eterno descanso en el nuevo Cementerio San Pedro, pues el viejo espantadero de San Lorenzo quedó como sepulcro de los muertos pobres.

El mejor negocio

El antiguo peón y arriero que había traído a la provincia la noticia del “triumfo de Boyacá en los campos” era un corto ganadero, un pasable matarife y un buen carnicero. Se llamaba Jerónimo Arteaga y se estableció junto al Puente de Arcos, levantado durante la Guerra de Independencia con planos de ‘El Sabio’ Caldas, que comunicaba a la villa con el Camino del Norte. Este carnicero fue el primero en abrir faena con el negocio de la

especulación en todas sus formas: compras, ventas, hipotecas, remates, promesas y retractos sobre medianos y diminutos terrenos inmediatos al puente, El Guayabal, El Chumbimbo, por donde hoy se empina el barrio Prado. Arteaga, pues, se les adelantó a los nuevos ricos y a los pudientes en el negocio de comprar mangas para venderlas por lotes, solares, o solarcitos ínfimos, sin asomo de orden, solo para atender la urgencia de cobijo; pero su incapacidad para lo futuro hizo que cayera entre remates y pobreza. Eso de orden, “policía urbana”, calles anchas e intentos de urbanismo serían linduras de los blancos, pocos años después, cuando pensaron en una plaza para recordar a Simón Bolívar.

Arteaga les había señalado la estrategia, y pronto le apareció un competidor, un nuevo rico, un comerciante de los llamados “jamaiquinos”, don Gabriel Echeverri; todo un premoderno, como dicen ahora, que de muchacho jornalero y alquilado pasó a la arriería. Después fue dependiente de un almacén y con su dueño aprendió a escribir, a llevar libros, a empacar, a ahorrar, a viajar, a establecer relaciones mercantiles, a transportar valores hasta Bogotá, a conspirar contra Simón Bolívar, a huir y a viajar a Jamaica, donde mejoró su escuela y comprendió que el oro en polvo y las libranzas antioqueñas,

eucaliptos, cuyas semillas había traído Tyrrel Moore de Australia. La plaza estaba enmarcada por casas de un solo piso, de tapia y tejas de barro, y en la esquina suroccidental, en el cruce de la carrera Venezuela y la calle Caracas, había una de dos pisos, la de Pastor Restrepo.

1871

La junta central encargada de la construcción de la Catedral solicitó al cabildo municipal que la Plaza de Villanueva pasara a llamarse Plaza de Bolívar en honor al libertador, pues esta había sido la voluntad expresada por Tyrrel Moore en la escritura de donación de los terrenos.

1875

Comenzó la construcción de la Catedral de Villanueva en el costado norte de la plaza, con planos del italiano Felipe Crosti, quien años después se mostró incapaz de continuar la obra. A partir de 1889 Crosti sería reemplazado por el arquitecto Charles Carré, quien reelaboraría los planos originales debido a los problemas que presentaban.

1888



Se ejecutaron los planos elaborados por estudiantes de la Escuela de Minas. Se trajo de Europa una verja de hierro que fue montada sobre muros de adobe cocido para rodear la plaza.

1892

El 12 de octubre, con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, se inauguró el renovado Parque de Bolívar. Además de los discursos

oficiales, el acto contó con la presentación de la Banda Departamental, lo que dio inicio a la tradicional retreta dominical del parque.

1899

La Sociedad de Mejoras Públicas (SMP) instaló alumbrado público en el parque.

1900



Se dispuso en el centro de la plaza una fuente de bronce que costó cinco mil pesos. Fue traída de Nueva York por Alejandro Echavarría, y fue llamada Fuente de la Garza por la escultura que la adorna.

1906

La SMP dotó al parque de un quiosco para las retretas que, desde hacía más de diez años, se celebraban en el Parque de Bolívar los domingos después de la misa de nueve de la mañana y los jueves en la tarde.



1920

Se inauguraron los atrios frontal y laterales de la Catedral; el elegante embaldosado fue donación de la SMP.

un pagaré y la palabra empeñada valían mucho entre los ingleses, cuyo idioma aprendió a susurrar... Volvió a Medellín con mercancías europeas, abrió un almacén, juntó vales de deuda, capituló baldíos, colonizó, cultivó en grande y fundó poblados. Después fue cabildante, procurador, alcalde y gobernador, al tiempo que especulaba con tierras al otro lado de la quebrada Santa Elena, pues Medellín tenía que crecer hacia allá. En materia de negocios, Arteaga aceptó préstamos de usura y metió la pata, y Echeverri metió la mano; y de patas y manos, con la necesidad y la especulación se valorizaron los predios del arrabal del norte. Esas operaciones financieras fueron muy bien condensadas décadas después por el folclórico pensador local ‘Marañas’, que para burlarse de ellos dijo que “el mejor negocio de Medellín está en comprar mangas, y sentarse a aguantar hambre”.

Vieja villa y Villanueva

El centro de Medellín –recostado en la quebrada Santa Elena– estaba limitado: no podía crecer hacia el sur o hacia el occidente porque los suelos eran pantanosos y malsanos, y al oriente las mangas eran caras y tenían un solo camino. Quedaban las mangas del norte, pero la quebrada estorbaba y el único paso cómodo era el Puente de Arcos (el de Las Pisas, a unas pocas varas, era tan provisional y peligroso que el horrendo callejón entre ambos era llamado “El Infierno”). El viejo casco de Medellín hervía entre el desaseo y la fetidez: las casas y tenduchas no tenían acueducto ni alcantarillas; los desagües eran las calles y los camellones sin piedra; el solar de las grandes casas servía de depósito de las cacas hogareñas y la basura semanal. Como aquello no podía eternizarse, la solución se ofreció cuando los del *blanquerío* pensaron en una villa nueva, opuesta a la vieja villa.

A Echeverri se sumaron varios ricachones como Juan P. Sañudo, Marcelino Restrepo, Cipriano Isaza, Manuel Uribe Ángel y mister James Tyrrel Moore, ingeniero de minas; ellos eran algunos de los más reconocidos liberales progresistas, además de negociantes que acapararon todos los predios disponibles al otro lado de la quebrada Santa Elena; lo mismo daba comprar en El Guayabal o en El Chumbimbo, en la quebrada Arriba o en la quebrada Abajo.

El sector donde ahora están el Parque Bolívar y la Catedral se puede dibujar como un mangón con arrabal y



► Parque Bolívar. 1890.

muchos pobres dueños, andable por dos caminos, uno real y otro secundario; el real se llamó después Camellón de Bolívar, en cuya vera quedaban los restos de un camposanto colonial, y el secundario de La Nitrera, un polvorín que poca vida tuvo. Un poco más al norte estaban los cultivos de Los Muñoz, unos mestizos que por ser muy trabajadores se hicieron ricos y eran apreciados por los blancos, que querían casarlos con sus hijas. El Llano de Los Muñoz carga hoy con vías como Carabobo, Bolívar y Juan del Corral, edificaciones como la Facultad de Medicina y el Hospital San Vicente de Paúl, viviendas y varias funerarias... A pocos metros se veían los guayabales de Arteaga, situados entre la quebrada Santa Elena, el insano arroyo de La Loca, el Camellón de Bolívar y los comienzos de una humilde servidumbre que se transformó en el camino de El Chumbimbo, toponimia que se trocaba más arriba por El Guanábano, todo por buscarles la comba a esos dos palos. Ni se crea que esos predios eran cuadrados o redondos, porque eran globo informe en el terreno.

Cierto es que los predios del viejo Guayabal de Arteaga se valorizaron al pasar de mano en mano entre el blanquerío. Fueron manoseados con varias estrategias: enderezaron los senderos y el zigzag de servidumbres; trajeron las aguas desde los potreros para menudearla por *pajas*; trazaron calles anchas para que se vendieran sus solares; ofrecieron a la ciudad unas varas que les fueron aceptadas; soñaron con una plaza para recordar a Simón Bolívar, y la lograron. El londinense Moore –dicen que era presbiteriano– quiso pagar los favores recibidos en la Nueva Granada y donó un terreno para que se levantara en medio de sus mangas un templo cristiano, que es hoy la muy católica Catedral de Villanueva. Los nuevos ricos de Medellín no sabían qué cosa era el urbanismo, aunque lo practicaron bien, y se sentaron a esperar que pasara algo con los terrenos ofrecidos allí para un parque y un templo. Así nació, pues, el barrio Villanueva, con calles, catedral y Plaza de Bolívar, que al ser trazada, arborizada y embellecida se convirtió en el Parque Bolívar.

La donación del ingeniero inglés se firmó ante notario el 9 de mayo de 1857, eso sí, con condiciones: el lote que donaba “a los vecinos de Medellín” jamás se podría vender, y haría la entrega cuando se iniciara la edificación del templo cristiano, que quedaría rodeado

1923



El 7 de agosto se inauguró la estatua de Bolívar en el lugar donde antes estaba la fuente. El evento comenzó con un gran desfile desde el Parque de Berrío y contó con la presencia del Presidente de la República Pedro Nel Ospina. El diseño de la escultura es del italiano Giovanni Anderlini, fue ejecutada en Génova por el artista Eugenio Maccagnani y costó catorce mil pesos. La fuente de la garza fue trasladada al Hospital San Vicente de Paúl, donde aún se conserva. En octubre se inauguró la línea del tranvía eléctrico que iba para Manrique, entraba al Parque de Bolívar por Caracas y subía por Ecuador, por un lado de la Catedral.

1925

La SMP construyó un nuevo quiosco en madera para las retretas dominicales. En el quiosco de la esquina de Caracas y Venezuela, por su parte, se despachaban los primeros taxis que prestaron servicio a la ciudad. Ese mismo año se instaló el busto de don Fidel Cano en el costado oriental del parque. La escultura en bronce fue realizada por Francisco Antonio Cano.

1931

El 11 de agosto, en una solemne procesión, se trasladó el Santísimo desde la iglesia de La Candelaria hasta la Basílica Metropolitana; así quedó inaugurada oficialmente la nueva catedral de la ciudad.



1933

El ingeniero municipal Félix Mejía A. suprimió la verja de hierro que rodeaba el parque y en su lugar construyó un malecón de cemento. Al año siguiente la verja fue trasladada al Hospital San Vicente de Paúl. Por estos años se construyó un espejo de agua frente a la estatua de Bolívar.

1940

El parque fue remodelado con planos de Federico Vásquez Uribe e Ignacio Vieira Jaramillo, quienes lo dotaron de un estilo arquitectónico más moderno; para ello se eliminó el malecón de cemento, se talaron y podaron árboles, se ampliaron los senderos peatonales y se rediseñaron los jardines. La SMP construyó un nuevo quiosco para las retretas dominicales, ubicado entre la estatua de Bolívar y la Catedral.

1942

El 29 de noviembre la SMP dispuso en el parque una placa en bronce grabada por Jorge Marín Vieco en honor a Tyrrel Moore.

1947

Fue inaugurado el Teatro Lido, referente de la vida cultural de la ciudad por dos décadas; allí se presentaba lo mejor del cine internacional, así como importantes concertistas del mundo. La boleta para luneta costaba treinta pesos, para balcón veinte



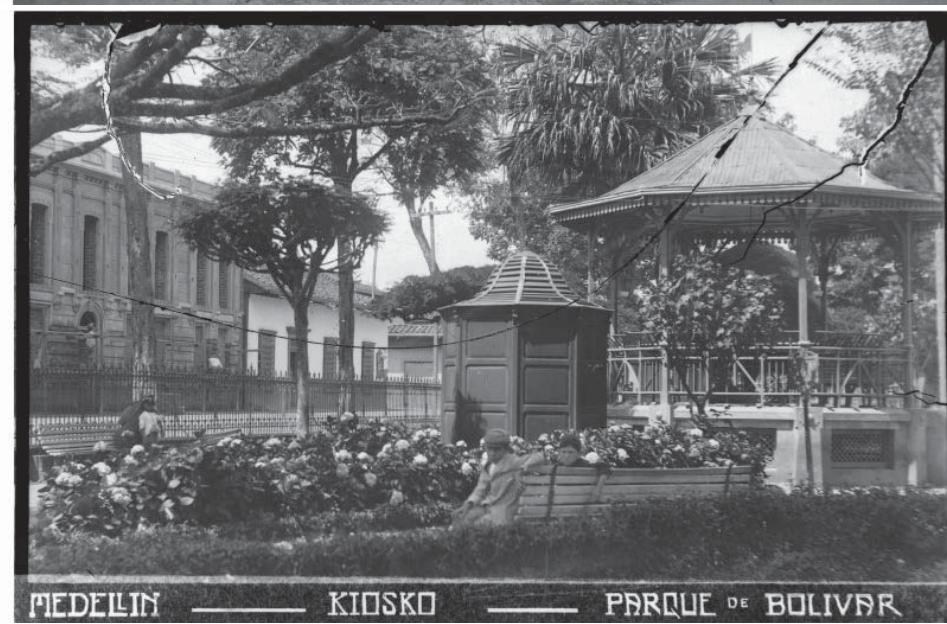
► Parque Bolívar. 1916.

de solares y solarcitos suyos. Al comienzo la toponimia de Bolívar jugó al ensayo y error: Moore hablaba de la “Plaza de Bolívar”, la municipalidad llamó “Camellón de Bolívar” al viejo camino; y cuando comenzaron a levantar casas sobre la calle Junín, trazada y nombrada así por mister Moore, y empezó a poblarse el Camellón de Bolívar, sonaron los nombres de “Barrio de Junín” y “Barrio Bolívar”, de todo el gusto del inglés. Se ignoran las razones de la curia para llamar “Plaza de Villanueva” a la que era “de Bolívar”; años más tarde, cuando ya se levantaba la Catedral y se urbanizaba el sector, escribían, con todo desparpajo, “Barrio de La Catedral”. Era el desconcierto normal del fin del siglo XIX.

Se ha mencionado el arroyo insano de La Loca, cuyas crecientes arrastraban suelos e inmundicias que depositaban en El Guayabal y en el Llano de Los Muñoz como limo y abono; también era una loca que exhalaba esencias nauseabundas, porque las tenerías, los lavaderos de ropas sucias y las viviendas de los muy pobres arrojaban allí todos los desperdicios. Era preciso intervenirla, y para proteger los bordes se le hicieron trinchos de piedra y frágiles senderos; pero los feos ranchos de los pobres seguían allí, y sus callejones dieron origen al gracioso nombre de la calle de El Calzoncillo, porque los calzoncillos

de antes no eran cortos sino de manga larga, y la forma nueva de La Loca parecía una pierna. En ella habitaba el pintor Francisco A. Cano, que dizque cuando mandaba una carta a su casa ponía en el sobre: “Señora María Sañín. Calle del Calzoncillo. Pierna derecha. Medellín”.

El desdichado parque tuvo que esperar mejores circunstancias, porque la guerra civil del sesenta impidió los proyectos. Con los cambios de mitad de siglo y las instituciones revolcadas, los dueños de El Guayabal y de El Chumbimbo apoyaron la guerra civil del general Mosquera, y cuando ganaron los rebeldes liberales disfrutaron de los decretos mosqueristas de tuición y desamortización, lo que dividió al bajo y al alto clero diocesano hasta el punto de hacerse mutuas recriminaciones, protestas y censuras que llevaron a un verdadero cisma en la iglesia católica antioqueña, solo resuelto al dar gusto a los godos de Medellín trayendo la sede diocesana para acá; y como La Candelaria era vieja e incapaz, ya sí que se necesitaba un templo católico desde el cual pudiera el obispo dictar su cátedra: la Catedral de Villanueva, frente al Parque Bolívar. Por obra y gracia de los concejales y del gobierno de Pedro Justo Berrío, lo que Moore describió como “templo cristiano” ellos y el clero lo entendieron como “catedral católica”.

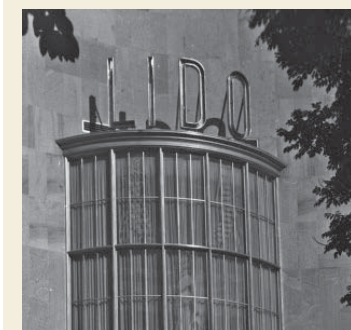


► SUP. Villanueva en construcción. 1900.
 ► MED. Atrio de la Catedral Basílica Metropolitana. S. f.
 ► INF. Quiosco para retretas. 1912.

Desarrollar un barrio tomando como punto de partida una plaza se tomó su tiempo, y requirió de una actividad entre pública y privada, sin impedimentos, ni dudas, ni reservas. El cabildo y la alcaldía vivían en la inopia, y se apoyaron en los dueños del proyecto de Villanueva. Ordenaron, oficialmente, abrir dos calles rectas en El Guayabal para prolongar Bolívar y la del atrio de La Candelaria, y para unir el Puente de Arcos y el de Las Pisas se mandó a abrir una calle nueva; por el lado privado, el ingeniero Moore borró el zigzag de caminitos y prolongó la calle Junín, amplia y recta, que terminaba en su Plaza de Bolívar. Los señores Botero E., nietos de don Gabriel Echeverri, cedieron al municipio unas pocas varas de su propia manga para abrir una pequeña calle entre la quebrada Santa Elena y El Chumbimbo; y como ya eran burgueses educados y les sonaba vulgar el camino de El Chumbimbo al llegar a El Guanábano, bautizaron la nueva vía con un nombre menos prosaico: calle de El Palo, y se pusieron en la tarea de urbanizar lo suyo. No tardaron en planearse y levantarse puentes para salvar la quebrada, y así nacieron, primero envigados y después de cal y canto, los de Palacé, Junín y El Palo. Los bordes de la quebrada tendrían sus avenidas arborizadas, y los ricos sus lindas quintas; así nació el malecón local de La Playa, que separa también a la villa nueva de la vieja.

Moore trazó calles y manzanas en ángulo recto, amplias, ventiladas y soleadas. Ya podía antojar a sus amigos, pues ahí mismo levantó su casa de habitación, en el crucero de Caracas con Junín. Otros lo imitaron, como lo demuestran documentos de 1855 donde se menciona la “nueva población”, tan moderna, civilizada y urbana que, de hecho y de derecho, surgieron urbanizadores que partían sus fincas en solares con el adjunto de calles empedradas, agua limpia y alcantarillas. También cambiaron el piso de las calles: las de la vieja villa se hacían con “cambas altas en bordes, y cóncavas en el centro” para que las aguas lluvias corrieran; a la villa nueva y las casas de la Plaza de Bolívar llegaba el agua por tubos de barro cocido y, una vez usadas, las aguas salían por alcantarillas hechas bajo nuevas calles empedradas con guijarros al centro y andenes al borde.

En 1868 se comenzó a adecuar el lote para trazar una plaza, la de Bolívar o Villanueva, como se quiera. El primer fotógrafo estable de la tierra capturó imágenes



pesos general y diez los estudiantes con carné. El matiné dominical costaba entre cinco y seis pesos.

1948

‘El Sordo’ Jaramillo abrió la Heladería Santa Clara en la planta baja de uno de los primeros edificios de apartamentos de la ciudad, construido en la esquina de Ecuador con Perú en los años treinta. A la heladería llegaba todos los días el señor Pablo Tobón Uribe, quien se sentaba en una de las mesas que daban al parque, pedía un vaso de agua y un limón para exprimirla, tomaba azúcar de su mesa y bebía tranquilamente su limonada sin pagar un centavo por ella.

1961

A la media noche del 9 de julio se celebraba en la Catedral, con gran pompa y devoción, la clausura de la Gran Misión: treinta días de oración, penitencia, ayuno, rosario de aurora y vía crucis. Al momento de la comunión los nadaístas, camuflados entre la concurrencia, recibieron la hostia y luego la escupieron frente a todos los asistentes (uno de ellos incluso la pisoteó). El horror en el templo fue general, y no faltaron las navajas y cuchillos de algunos que amenazaban con matar a los blasfemos.

1965

Los hermanos Pineda abrieron el restaurante La Estancia en el que fuera el patio de la casa de Pastor Restrepo. Hoy, trabajadores y amigos discuten cuánto costaba

un almuerzo por ese entonces; unos dicen que cien pesos y otros que 200. En todo caso, coinciden en que en sus comienzos se llegaron a vender cerca de mil almuerzos diarios y trabajaron allí alrededor de sesenta personas. En la actualidad, La Estancia tiene menos de diez empleados, vende almuerzos a 3.900 pesos y ofrece rumba *crossover* los sábados en la noche.

1968



Se integró el parque con la Catedral mediante la peatonalización de la calle que pasaba por el frente del atrio. En el lugar donde antes estaba el quiosco de cemento para las retetas, Empresas Públicas instaló una fuente luminosa que costó un millón de pesos. Se construyó, además, una plazoleta entre la nueva fuente y el atrio.

1974



Se llevó a cabo por primera vez el mercado de Sanalejo, pensado como una alternativa para el sustento de los artesanos de la ciudad. Mediante el Acuerdo 02 de 1985, el Concejo Municipal designó el primer sábado de cada mes como el día oficial de este evento.

1980

En esta década el parque vivió una etapa de gran decadencia por el descuido de las autoridades municipales y la creciente inseguridad del sector.

de tal proceso urbano; se llamaba Pastor Restrepo Maya, era rico y mundano, y como quiso casa nueva en la nueva plaza compró un buen lote al doctor Manuel Uribe Ángel –diagonal a la casa de mister Moore–, y buscó como diseñador a su suegro, Juan Lalinde Lema, comerciante y engordador de lotes con más mundo que su yerno rico, metido en política y en arquitectura, quien ya había levantado varias quintas de tres pisos. En esas fotos se ve la disparidad de gustos y posturas: el inglés Moore, que desde 1840 estaba casado con una criolla blanca de Rionegro, hizo su vivienda de tapias, de un piso, al estilo tradicional de aquí; por contraste, y como nuevo burgués, Restrepo se mandó a hacer una quinta “que imita un poco las

europas de tercer orden, en su aspecto y en su distribución; pero esta moda no ha calado en el gusto del pueblo, quien ha dado en decir que están hechas en inglés y que no las entiende”; eso dejó escrito el propio Uribe Ángel, quien también mandó a hacer la suya, y con ese estilo, al mismo Lalinde.

Por medio de un trato que no pareció repugnante, se juntaron en la Plaza de Bolívar el cielo y el infierno: por poseer unas cortas mangas, las limosnas católicas llegaron al bolsillo impío de un protestante y presbiteriano inglés. En efecto, la curia diocesana compró a Moore –casi gratis– los pequeños retazos de mangas, sobras y restos del viejo mangón de El Guayabal que se necesitaban para levantar la nueva catedral; todo porque después de fracasar con el italiano Crosti el obispado contrató al francés Carré, que modificó los planos y la proyectó tan larga que parte del edificio habría de levantarse sobre el arroyo de La Loca, con consecuencias hasta jocosas porque La Loca y El Calzoncillo se metían por debajo del altar de la mole.

Pastor Restrepo también tomó fotos de los cuatro costados de la plaza en formación, en las que se ven tapias y fachadas de viviendas, calles y arbustos, sin asomo de jardín, porque el único existente era el de su quinta. Desecadas las ciénagas, allanado el terreno y abiertas y empedradas las calles, se mercaron rápidamente los lotes y se levantaron amplias casas, casi todas de un piso.



▸ Parque Bolívar. 1964.

¿Los compradores y residentes? Los pueblerinos, a saber: Moore, que hizo la casa fundacional del parque, llevaba media vida entre Riosucio, Supía y Marmato, y entre Anorí, Angostura y Santa Rosa de Osos, y aunque murió en su fe, su casa, mujer, familia y modales eran los de aquí; don Pastor Restrepo, que hizo y habitó la segunda, hijo de un *ruanetas* de Belén que se convirtió en comerciante y útil capitalista; don Luis Vásquez B., traído de Santa Rosa, que construyó la casa contigua; uno “de los Álvarez del Llano de esta villa”, don Esteban, que calle de por medio, en la esquina de la calle Perú, levantó vivienda. A esta le seguía una de dos pisos con ladrillo en la fachada, construida sobre una antigua ciénaga por un antiguo carpintero de Barbosa, el inteligente y filántropo don Alejandro, tronco de los Echavarría “flacos”; tres sobrinos suyos, don Germán, don Ramón y don Pablo, Echavarrías “gordos”, levantaron casas en las esquinas de la plaza. Como la catedral en construcción iba de calle a calle, en el cruce de Ecuador y Bolivia hizo la suya don Guillermo Restrepo, importante político venido de Amagá; don Félix de Bedout, proveniente del pueblo de Santo Domingo y tipógrafo en Medellín, hizo la suya contigua a la que don Wenceslao Facio Lince y Sáenz, venido de Rionegro, levantó de un solo piso; la última de ese tramo, en el cruce de Perú, era de dos pisos y la mandó a hacer un rico de Sonsón, y de sonseños fue hasta hace pocos años, cuando cayó para



▸ Parque Bolívar. S. f.

levantar ahí mismo una enorme torre de ladrillo. Al frente, también en esquina, un rico de Copacabana, don Juan María Fonnegra, hizo la suya, sencilla y de un piso, que al pasar a manos de su yerno fue convertida en un edificio de tres pisos que todavía se conserva, al igual que la siguiente, hecha por otro rico de Sonsón, y modificada y ampliada al estilo republicano por su nuevo dueño, el ingeniero Juan de la Cruz Posada, natural de El Poblado, quien necesitaba acomodo para su abundante prole. En el predio contiguo, donde estuvo la del envigadeño Miguel Mesa Ochoa, levantó don ‘Colís’ Moreno, de Santo Domingo, el bello Teatro Lido; la última pasó por varios dueños hasta llegar al filántropo José de J. Toro, de Sonsón. Para terminar, la que quedaba al frente se conserva en parte, y perteneció a don Pablo, uno de los Echavarría “flacos” de Barbosa. Don Ricardo Olano, natural de Yolombó y nuevo rico en Medellín, cuenta en sus memorias que los engreídos “nacidos en la plaza”, a propósito de la vieja, la mayor o de Berrío, salieron a vender sus casas para dejarlas en manos de otros pueblerinos, como él mismo, y espeta con burla: “se acabó el coco”.

Don Tyrrel Moore se cansó de las piruetas de la política local, de la vida en las minas y de los pleitos con Coriolano Amador; se aburría tanto en un medio hostil y poco tolerante, que rifó su casa y se fue a vivir a Bogotá. La casa paró en manos de un rico Botero, llegado de Santafé de

Antioquia cargado de hijas que, se asegura, eran muy feas. Enriqueta, una de ellas, se prometió con el bogotano Patricio Pardo, y los amigos de este, en vísperas de la boda, le trovaban: “Animo, Pardo, / valor, Patricio, / que ya se acerca / tu sacrificio”. Y cuando lo veían en la puerta de su casa, sus malquerientes comentaban: “éste se encontró una guaca, y se casó con el espanto”.

Unos jóvenes Botero E., nietos de don Gabriel Echeverri, se tomaron en serio lo de la plaza y quisieron ponerla bonita hasta volverla parque, con ceibas, palmeras, arbustos y matas de jardín. Uribe Ángel dijo entonces: “Nueve calles convergen a ella, pues uno de sus lados, en vez de tener otra, para completar diez, comienza a ser ocupada por el atrio de la catedral en construcción”. En el diseño de los jardines metieron mano el gobernador, el cabildo y los estudiantes de la nueva Escuela de Minas.

La plaza-plaza de Bolívar

La curia, que era el gobierno mismo, estaba en puja permanente con el cabildo –mayoritariamente liberal y excluido del poder– para ver cuál jalonaba mejor el sector: el palacio del obispo en sueños, la catedral a medias o el seminario repleto; mientras tanto, el cabildo intervencionista pensaba en términos de la ciudad y del nuevo parque, y proponía ponerle una reja y una pila de agua, expulsar a los invasores de La Loca, exigir hilos para las nuevas casas, dar permiso para los desagües, empedrar

1988 -1990

El parque tuvo una remodelación parcial, se embaldosaron los senderos, se cambiaron los drenajes, se pusieron instalaciones eléctricas subterráneas, se talaron algunos árboles y se redujo la altura de las rejas que rodeaban las zonas verdes. En el costado suroccidental se instaló un Centro de Atención Inmediata de la Policía (CAI). El parque fue entregado el domingo 23 de septiembre, en un acto que contó con la retreta de la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia.

1997

El Teatro Lido fue declarado patrimonio arquitectónico de la ciudad y pasó a ser propiedad de la administración municipal de Medellín.

2005

Las secretarías de Cultura Ciudadana y de Educación del municipio, junto con la Gerencia del Centro, promovieron la restauración del Teatro Lido, que requirió una inversión de dos mil millones de pesos. Sería reinaugurado en 2007.

2007



Se inauguró el busto de Guillermo Cano Isaza, fundador del periódico *El Espectador*, asesinado en 1986 por el narcotraficante Pablo Escobar Gaviria. El monumento es obra de Rodrigo Arenas Betancourt.

2013

En agosto la Alcaldía de Medellín dio inicio al proyecto “El Parque de Bolívar, un espacio de ciudad para la experimentación, el conocimiento y la memoria”; entre las actividades se incluyó el regreso de la retreta dominical a cargo de la Banda Sinfónica Juvenil.

calles... Las gentes se jactaban y exageraban, hasta el punto de que el artista Cano los zahirió al decir: "sí, es la plaza más grande, y la más bella..., de Medellín".

Vino después la benemérita Sociedad de Mejoras Públicas, que embelleció a Medellín y al Parque Bolívar. So pretexto de proteger las matas del jardín, la reja de hierro impidió el goce del parque a los que no fueran cachacos, y duró como 45 años. La Sociedad de Mejoras puso iluminación, bancas de madera, un quiosco y una fuente, pero la guerra civil impidió otros avances. Establecida la paz, la banda de música comenzó con las retretas, que apenas si se han suspendido en estos 110 años.

La plaza perdió unas varas y la ciudad una calle, porque los clérigos quisieron ampliar el atrio del frente aunque no estuviera concluido el edificio de la Catedral. Un residente del parque, don Pablo Echavarría Echavarría, creyó muy del caso levantar en el centro una estatua de Bolívar y comenzó los trámites para hacerlo. Fueron veintitrés años de sueños, frustraciones, rabietas y colectas, con participación de autoridades locales, departamentales y nacionales, hasta que logró que se fundiera en Italia y se instalara la muy bonita estatua que se ve hoy, inaugurada en 1923, y que tuvo un pequeño lago al frente.

Aquí querían una catedral enorme, "la más grande del mundo", sin importar lo demás. Los planos se obedecieron al pie de la letra, sin miramientos. Se ocuparon las orillas inestables y el cauce de La Loca, un caliche de poca solidez, y se construyó ahí una bóveda de ladrillo, uno de los primeros trabajos del templo. Es muy graciosa la correspondencia entre constructores y canónigos, pues todo el tiempo aluden a "los desvíos de La Loca". Deducen ellos que su cauce llegaba hasta los bajos del edificio, y que a partir de esos fondos se llamaban Las Barbacoas. Lo cierto es que se trataba de El Calzoncillo y de La Loca, sin más acomodos semánticos, y atravesaba la catedral desde la carrera Ecuador hasta la calle Venezuela.

Para 1910 la parte primitiva del edificio mostraba humedades y derrumbes, pero nadie se alarmó. En 1944, y después de ires y venires con la municipalidad, que reclamaba el cauce como un bien público, la curia y la alcaldía acordaron el desvío de La Loca por terrenos píos pertenecientes al arzobispado, y el espacio y restos de la primitiva bóveda se pensaron para una cripta y osarios. A mediados de 1967, mientras los canónigos rezaban, se sintieron unos olores fétidos, y consta en un manuscrito que "se han presentado unos cinco reventamientos del suelo, algunos causando ruido y pánico, y no se han averiguado sus causas". No era el demonio, solo los gases de La Loca.

Años después, en 1975, se discutía con calor sobre el diseño y construcción de una fuente en el parque, frente a la Catedral. El tamaño y altura de los chorros motivó la oposición de algunas personas, entre ellas la de una líder cívica cuyas ancianas tías serían afectadas por el ruido de aquella enorme masa de agua que parecía un lago; y como la señora del cuento era familiarmente llamada "Tití", sus opositores, ya cansados, se referían al asunto como "el lago de Tití-Caca". Con esas dulces peleas de vecinos se divertía la pequeña ciudad cuando el parque era todavía teatro de señoronas.

■



Catedral Basílica Metropolitana



Aquí nadie se queda quieto.
Sacristán

Aunque su construcción fue decretada en 1871, la orden se cumplió entre 1874 y 1931. Recibió el título de Basílica Menor en 1948, y en 1952 fueron renovadas sus campanas, altares y confesionarios. Fue declarada Monumento Nacional en 1982.

Prepara

Tras bastidores, las misas ordinarias en la Catedral se preparan rápidamente. Los sacerdotes entran de civil a la sacristía y en segundos salen de blanco celestial rumbo al altar. El sacristán se ocupa de la biblia en el atril y del recipiente con las hostias; otro empleado hace el último ajuste del incensario. Si la celebración incluye al arzobispo, el templo se atiborra de flores y la misa empieza más puntual que nunca. Monseñor Ricardo Tobón Restrepo es obsesivo con el tiempo.

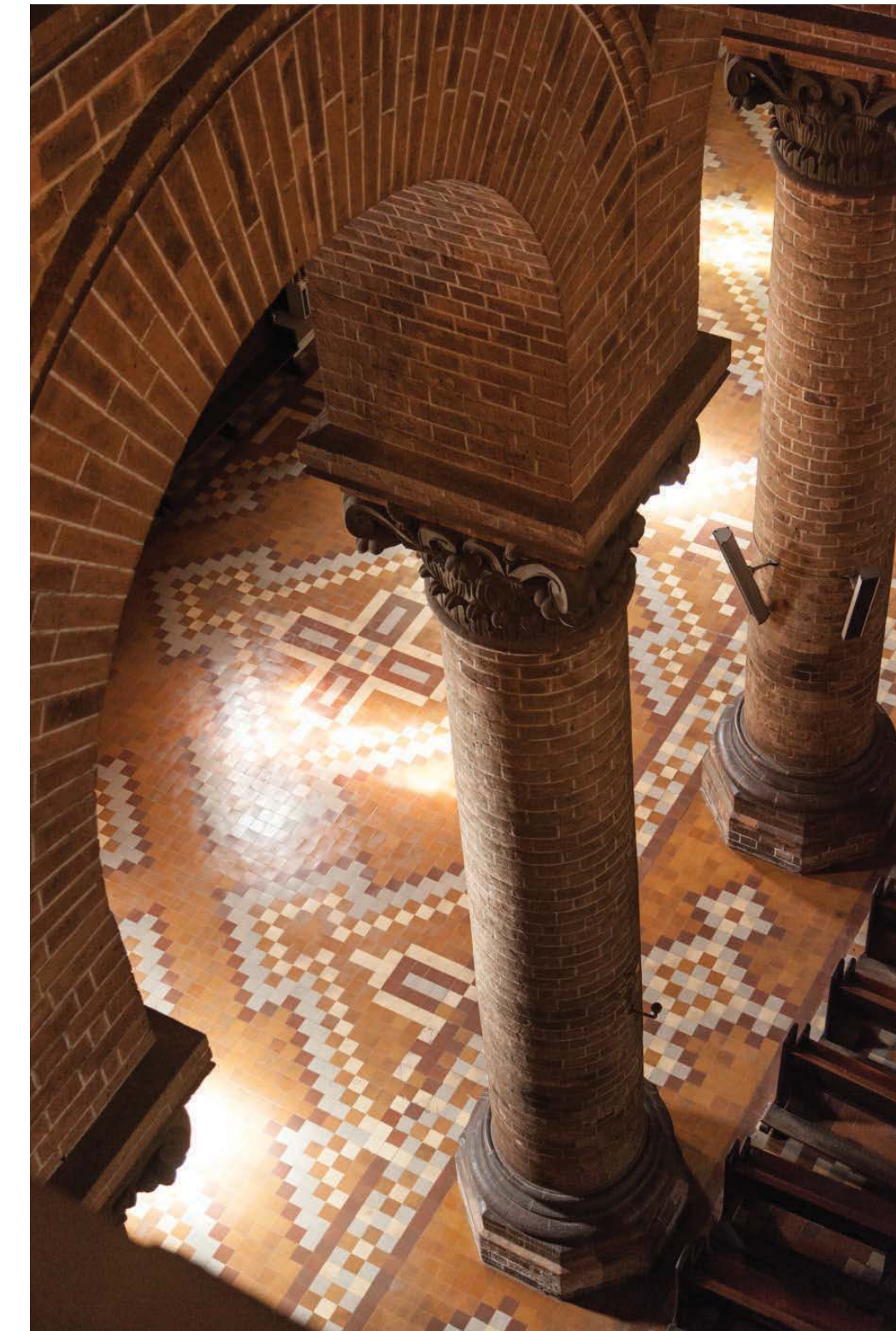
Pero no importa quién comande la misa, si uno de los cinco canónigos, el párroco o el arzobispo, la Catedral Metropolitana siempre exhibe ese aire solemne del que parece estar impregnado hasta el más recóndito de su millón 120 mil ladrillos.

Cuenta

No se sabe con certeza cuánto fue el dinero total invertido en este edificio. Mientras unos autores hablan de 600 mil pesos, otros le apuntan a dos millones. Lo que sí consta es que las vidrieras costaron veinticinco mil pesos; los altares y el comulgatorio, 45 mil; el púlpito de mármol, cinco mil; las doscientas bancas, cinco mil; y las sillas donde ponen sus posaderas los curas, sesenta mil.

En sus crónicas de *Medellín en 1932*, Enrique Restrepo Jaramillo cuenta que la plata la reunieron 241 personas con aportes que variaron entre cien y mil 250 pesos, entre una semana de trabajo y mil adobes, y entre un real mensual y "lo que pueda en dinero y servicios", que fue el ofrecimiento de don Manuel Uribe Ángel. Es de suponerse que, con tan buenos fieles, las indulgencias no faltaron.

En la iglesia más importante de Medellín, orgullo de sus parroquianos, hoy se consumen al año 72 botellas de vino y unas 250 mil hostias, se queman veinticuatro kilos de incienso granulado y se ejecutan mil 924 misas. Además, se realizan alrededor de sesenta bautizos, cuarenta exequias, veinte primeras comuniones y diez matrimonios.



Limpia

Una visitante indeseable se pasea muy cerca del altar, y para su infortunio se dirige a los pies de un canónigo que la manda de un pisotón al otro mundo. El crujido se pierde en el registro del órgano, que se expande desde lo alto por la penumbra. Testigo de los hechos, el sacristán se sumerge raudo en un armario de la sacristía para hacerse a recogedor y escoba. Levanta el cadáver al comienzo de una misa que no es precisamente el funeral de una cucaracha.

Mientras tanto, una anciana voluntariosa se ocupa de unos arreglos florales, una empleada les pasa un trapo húmedo a la parte baja de las columnas y a las bancas desocupadas, y dos obreros, con la discreción que permiten los andamios, hacen trabajos de mantenimiento en una de las naves.

Pero muy poco se distraen los dos centenares de asistentes a la misa de ocho, ancianos y trabajadores, transeúntes y residentes, entregados a la oración en momentos en que, afuera, otra empleada se ocupa de un menester menos espiritual: descargar baldes de agua en los bordes externos del templo donde la noche anterior hicieron su riego los impíos.

Recauda

En algún momento de la eucaristía, las mismas encargadas de la limpieza dejan su oficio para recoger las limosnas en bolsas de tela amarradas a un palo que parece alcanzar no solo el fondo de cada banca sino también del corazón del devoto. Al final del recorrido, y con la actitud ceremonial que imprime esta iglesia, invierten los nutridos cazamariposas en una urna y vuelven a lo que estaban.

De la bondad de los feligreses sabía el obispo de Medellín en 1871, cuando dijo que había que construir una nueva catedral en la Plaza de Bolívar para tener un lugar “más digno de las riquezas, ilustración y progreso de la ciudad”.

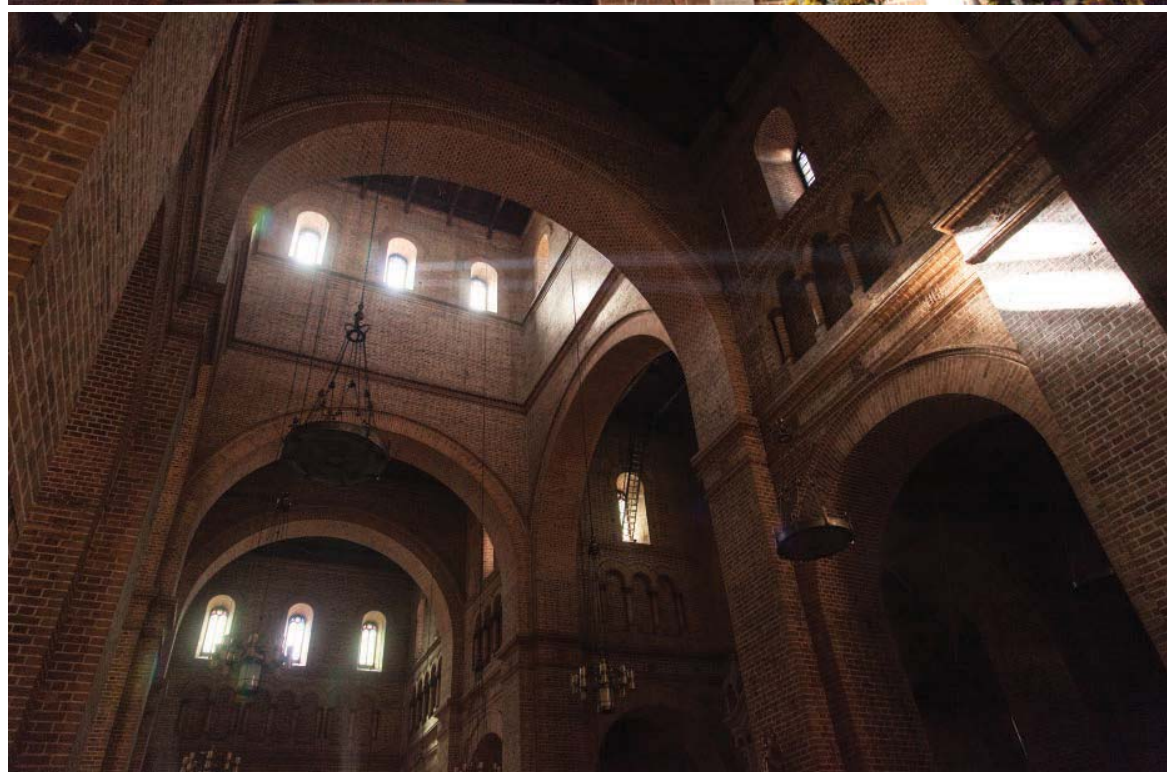
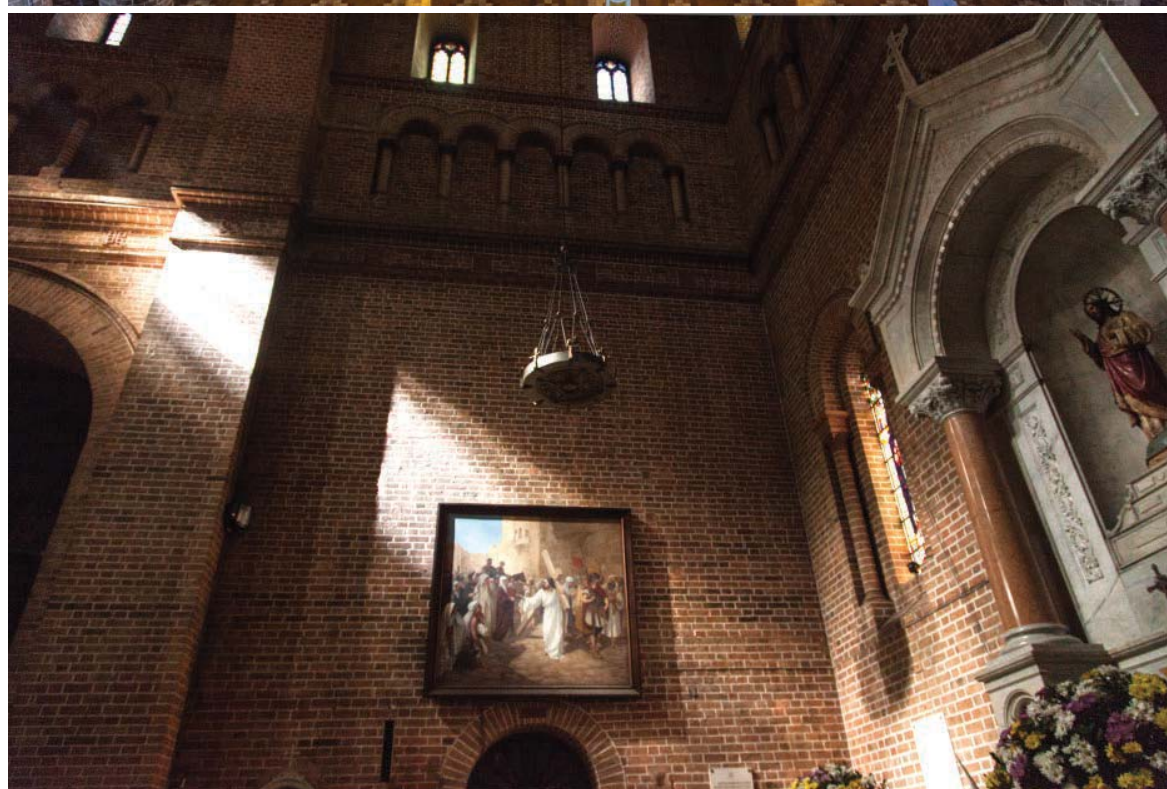
Conserva

En contraste con la visibilidad de la enorme Catedral, desde la que antes de tanto edificio podía divisarse la extensión de este valle, está el museo de arte religioso, en las entrañas del templo, donde se guardan lejos de los ojos mundanos cuarenta pinturas y quince esculturas de los siglos XVII, XVIII y XIX.

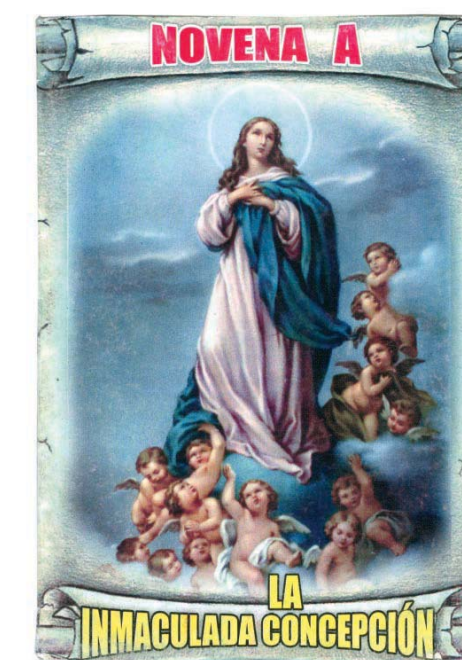
Un poco menos ocultos se encuentran el mausoleo de los obispos y la cripta donde están los restos del escritor Tomás Carrasquilla.

Por fortuna, a los ojos de los simples mortales sí están *El Cristo del perdón*, óleo de Francisco Antonio Cano, su obra religiosa más destacada, y la escultura *Jesús crucificado* del también antioqueño Bernardo Vieco Ortiz.

■



› En los armarios de la sacristía reposan 150 ornamentos o vestiduras que usan los sacerdotes en la celebración de las misas. Treinta de ellos son para fechas especiales y se conservan colgados, los demás se guardan doblados y están disponibles para la parroquia que los solicite en préstamo.



› Patrona de la Catedral Basílica Metropolitana.



Atrio gay

Por PEDRO CORREA OCHOA



Tal vez ningún otro de los innumerables parques de Bolívar en Colombia tenga una primera dama como esta. Se llama Natalia –“así, sin más nombres”, advierte–. Lleva falda gitana y gafas oscuras, tiene 57 años y es travesti. Desde las siete de la mañana se sienta en una de las bancas. “Por eso me dicen la primera dama del Parque Bolívar”, dice con un dejo de burla. Una maleta del mismo rojo del esmalte de sus uñas le sirve como muestrario de chicles, cigarrillos y dulces.

Hace treinta años la echaron de su casa; tuvo marido, vivió en Lovaina –el nicho histórico de la prostitución de Medellín–, administró una

residencia en Barbacoas, y hace ocho años decidió vender dulces junto a la estatua del Libertador. En ningún otro parque de la ciudad se sentiría más cómoda y menos señalada. “Gais hay en toda parte –dice mientras se ajusta los lentes de sol–, pero este parque es la mata”.

Son las once de la mañana y a dos cuadras de allí, con micrófono en mano, Lillith Natasha Border Line invita a los transeúntes de la calle Junín a detenerse en el bazar de la comunidad LGTBI. En los toldos amarillos se ofrecen artesanías, ropa colorida y dulces hechos por quienes los atienden: lesbianas, gais, transexuales, bisexuales e intersexuales.

No es gratuito que ellos y ellas estén allí –“ellas”, aquí, no es un capricho del sexismo lingüístico–. En las últimas tres décadas el Parque Bolívar se convirtió en su casa. Cuando en los parlantes se escucha a Border Line –antropóloga, artista escénica, transgenerista– decir “diversidad sexual”, los transeúntes miran de reojo. El propósito del bazar, explica cuando deja el perifoneo, es resignificar el papel de la comunidad LGTBI en el sector.

La tarea no es fácil. En 1988, Gladys Gutiérrez Orozco y Luz Omaira Uribe presentaron la tesis *Grupos marginales en el Parque Bolívar* para obtener el título como sociólogas. Tras una encuesta, y luego de poner en un mismo saco a gaminas y travestis, concluyeron que uno de los principales problemas del parque eran los “delitos contra la moral y el pudor sexual (homosexuales, travestis, prostitutas, trata de blancas, etc.)”.

“¿Delitos contra la moral y el pudor sexual? ¡Bah!”, se hubiesen burlado los nadaístas que dos décadas antes, en los sesenta, se reunían para tertuliar en el Salón Versailles –que aún existe–, y en el bar y billar Metropól, que hoy es un laberinto de almacencitos de artesanías. Los dos lugares eran frecuentados por artistas, escritores y poetas.

Uno de los visitantes noctámbulos de entonces era el artista Eduardo Cárdenas, gestor cultural y cofundador del Pequeño Teatro. En su memoria hay una escena que se antoja surrealista: eran las once de la mañana de un domingo a finales de los sesenta, la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia tocaba la retreta habitual en uno de los costados del Parque Bolívar. De un momento a otro, la risa del público contagió a los músicos y desafinó los instrumentos. Cuando el director giró ciento ochenta grados para entender el chiste, se encontró con ‘La Macuá’, que desfilaba erguido por el centro del parque sosteniendo con la mano izquierda un charol y, sobre este, un tacón.

Se llamaba José León Villegas, provenía de una familia adinerada, y aunque vivía en Laureles se le veía con frecuencia en el Centro. Normalmente vestía como un hombre, pero a veces le gustaba disfrazarse y hacerse notar en los billares y bares; en uno de sus cumpleaños botó la casa por la ventana: invitó a la crema y nata de la ciudad, y apareció vestido de reina egipcia.

“¡Envídienme muchachos! –recuerda Eduardo que fue su saludo una noche de los setenta en Versailles–, anoche fui primera dama de la nación”. Luego, ante el grupo de universitarios, mostró la prueba: “una foto en la que estaba chupando trompa con el presidente”.

Allí mismo, en Versailles, almorzaba diariamente ‘La Marquesa’, el personaje del libro *El fuego secreto* de Fernando Vallejo. Imposible trazar límites precisos entre realidad e inspiración literaria, pero lo cierto es que La Marquesa, un hombre con plata, fue un reconocido marica del Medellín de los sesenta y setenta. Mientras caminaba por el parque o se paseaba por Junín, La Marquesa se quedaba mirando fijamente a los muchachos: “¡Qu-pe-te-deee!”, decía con el garbo que lo caracterizaba. “¿Qué es eso Marquesa?”, le preguntó alguna vez Eduardo. “Qué-peladotán-divinooo”, respondió con picardía.

Cerca del parque quedaba Sayonara, una cafetería cuya propietaria era abiertamente lesbiana, y a unas cuadras estaban también el café Miami y la Whiskería. “Un día fuimos con La Marquesa a la Whiskería –recuerda Eduardo–. ‘Quiubo, papá’, le dijo uno de sus hijos. Y La Marquesa le gritó: ‘yo no soy tu papá, hijeputa. Soy tu mamá’”.

Los debates acalorados de nadaístas, escritores y artistas, así como las provocaciones sociales de La Macuá y La Marquesa, fueron un eco transgresor en el parque, corazón de una ciudad conservadora. Al parecer, La Marquesa murió en San Andrés –se cortó las venas y se adentró en el mar, dice *El fuego secreto*; otros cuentan que fue asesinado–. La Macuá murió en un accidente automovilístico en los ochenta, cuando trabajaba como administrador de varios condominios, unos en Medellín, otros en Estados Unidos, propiedad de Pablo Escobar.

Justo en la época en la que murió, en los alrededores del parque nació la rumba homosexual de la ciudad; los bares y billares mencionados no eran reconocidos plenamente como “de ambiente”, pero algunos de sus visitantes sabían que allí podían flirtear con otros hombres. El Machete, uno de los bares gais más antiguos del sector, abrió en 1984. Border Line, que tiene 41 años, recuerda que cuando cumplió dieciocho visitó

también El Tambo del Indio, Casa Dorada, Barú, Escripulos, Zararacas y Ceres.

En la parte trasera de la Catedral Metropolitana está hoy Barbacoas, una calle que, aunque pequeña, demuestra cuánto ha crecido la minoría LGTBI de esta ciudad. Allí hay por lo menos una docena de bares y discotecas. Cada fin de semana, los besos de los enamorados, el taconeo de las travestis y la música de los parlantes –desde plancha hasta reguetón– le dan vida a ese lugar donde la consigna es la libertad. Allí mismo, cada año, culmina la tradicional marcha gay.



En las calles vecinas hay una variada oferta de hoteles, moteles, saunas gays, salas de internet, cines porno, residencias, bares y discotecas, así que es usual que solitarios “cazadores”, parejas de enamorados o grupos de amigos se crucen permanentemente en el Parque Bolívar, el mismo que Fernando, el protagonista de *La virgen de los sicarios*, recorre con sus amantes Alexis y Wilmar. No en vano Fernando Vallejo, el autor de la novela regresó en persona y como personaje a ese sector de Medellín.

“Los pirobos”, cuenta Natalia, son jóvenes, algunos menores de edad, que ofrecen sus servicios sexuales. En las escaleras del atrio o en las bancas del parque esperan alguna señal. Las miradas inquietas y ciertos movimientos corporales ponen en evidencia a sus clientes. En las noches basta con que el carro disminuya la velocidad en uno de los costados del atrio. El muchachito de acento costeño que en la madrugada de este sábado de agosto se acerca a la ventanilla tiene dieciséis años, usa polvo facial y bluyín ajustado. “¿Qué hay para hacer?”, dice el potencial cliente. “No sé –contesta el muchacho con tono pícaro–, hagamos una orgipiñata”.

Pero “los pirobos” no son los únicos en oferta. Después de las nueve de la noche, por momentos el atrio, con su luz cobriza, parece una pasarela inspirada en la nostalgia. Las travestis que ejercen la prostitución en las calles de la zona occidental del parque deambulan con trajes breves, tacones de charol y traseros exuberantes. Hace unas décadas trabajaban en Barrio Antioquia, luego en Lovaina, y después llegaron aquí.

¿En qué momento el Parque Bolívar pasó de vecindario de prestantes familias de la ciudad a teatro homosexual y acopio de prostitución? El giro fue sutil y paulatino, dice Eduardo. Para él, con ello tuvo que ver el cierre de la estación del ferrocarril, donde se construyó el centro administrativo La Alpujarra. Esa transformación provocó el desplazamiento de la oferta comercial y de cierta población que trabajaba en el viejo Guayaquil.

Con ello coincide Border Line, quien asegura que a los alrededores del parque “llegó primero la población homosexual que la prostitución”. A media cuadra de Barbaocoas está el Centro para la Diversidad Sexual y de Género, en el que Border Line trabaja como gestora cultural. El lugar fue abierto por la alcaldía de Medellín en 2011.



Border Line, que también participó en la construcción de la política pública, es consciente de que eso no se logra de la noche a la mañana. Con orientación jurídica, asesoría psicológica, actividades culturales como el bazar y campañas de promoción y prevención de la salud, la consigna de este centro es fomentar la participación, el respeto y la convivencia.

Esas tres palabras son conquistas que por las complejas problemáticas sociales, la violencia y la discriminación han sido ariscas para la población LGTBI. Sin embargo, hay pequeños triunfos. Cuando la primera dama deja el parque para ir a su casa a descansar, el Libertador recibe a su diva: ‘La Dany’, una travesti que ha congregado a centenares de espectadores cada domingo durante veinticinco años. Algunos de ellos son feligreses que salen de la misa en la Catedral. Hasta hace unos años las escaleras del atrio servían de gradería pero los sacerdotes lo prohibieron, así que se desplazó hasta la estatua de Bolívar. A los pies del símbolo de la libertad nacional, La Dany hace su monólogo, besa peluches, se cambia de atuendo, habla por teléfono con personajes imaginarios, se quita la caja de dientes y persigue al público con una cabeza de marrano.

En momentos como ese, allí donde se viven cotidianas batallas por el reconocimiento y la libertad, se siente con vigor el palpito de la ciudad diversa. Esta noche, un padre y sus dos hijos, de seis y siete años, se ríen a carcajadas de La Dany. A su lado, una pareja de hombres se besa. Los niños ni se inmutan. Es esa la gran distancia entre la tolerancia y la indiferencia.





Bautizo en la fuente

POR JORGE IVÁN AGUDELO

Ellegíamos entre dos o tres rutas, casi siempre las mismas; pero camináramos por donde camináramos, habláramos de lo que habláramos, siempre terminábamos en el mismo bar del Centro. Cuando la hora del cierre llegaba y la mesera se afanaba por levantar las sillas, perdíamos de nuevo el mapa y la ciudad se ensanchaba, se volvía ajena y propicia. Mi amigo el poeta H., como si calibrara los minutos mientras hablaba y siempre supiera la hora exacta, poco antes de las dos de la mañana iniciaba una historia: reseñaba una película, ponderaba la obra de un autor que solo él conocía, pasaba revista a sus enemigos imaginarios o simplemente me preguntaba: “¿Y vos que opinás?”. Con esa interrogación me enganchaba, se ganaba el derecho a seguir de largo y tener interlocutor despierto por un rato más.

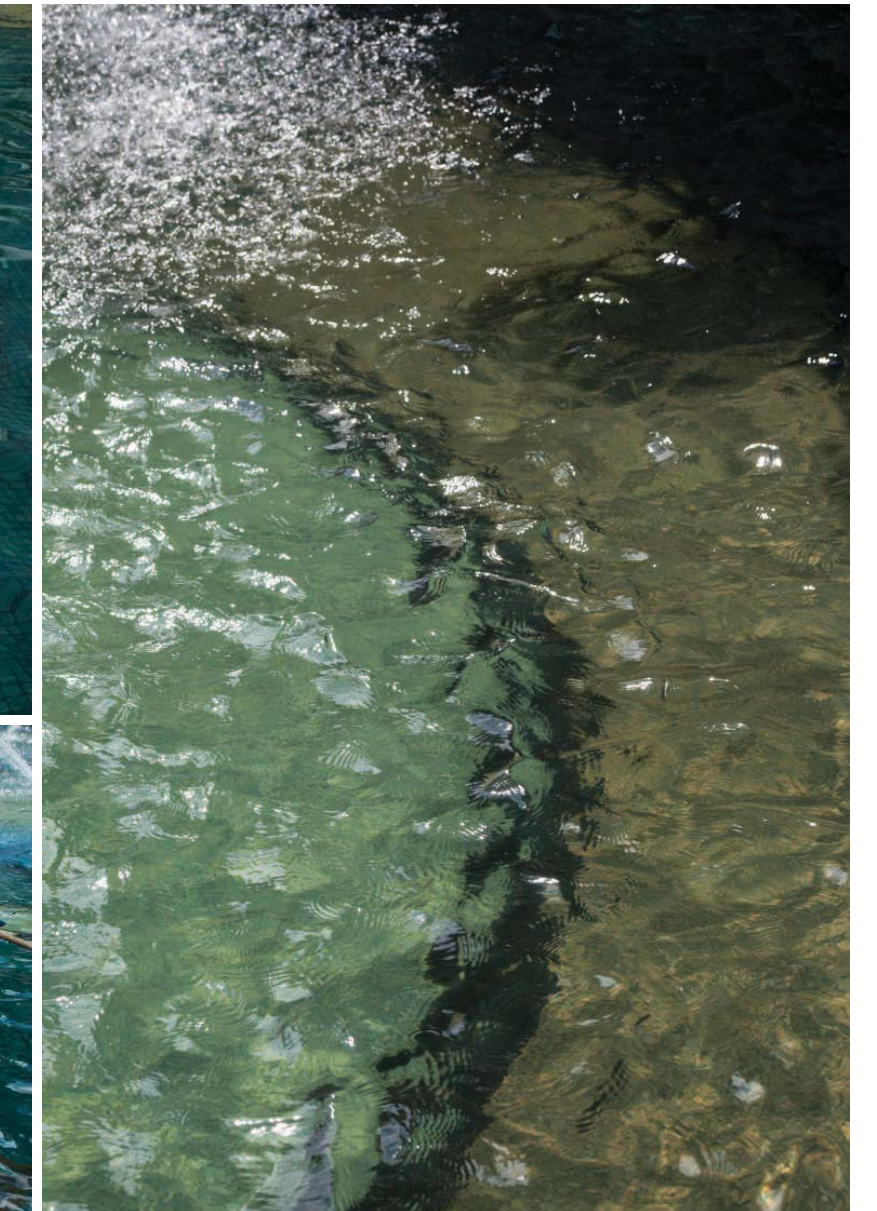
Esa noche, con el codo en la mesa y el puño cerrado mientras hacía la mímica de un pulso imposible, me decía que Truman Capote le había doblado la mano a Humphrey Bogart y había cobrado como si nada, ante la incredulidad de un set de grabación, los cincuenta dólares de la apuesta. No acababa de imaginarme al pequeño escritor de Nueva Orleans venciendo en su hábitat al galán de los galanes, cuando el poeta H. le dijo a la mesera que antes de dejarnos huérfanos le apuntara otra media de ron, que él se la llevaba puesta y que no se preocupara: al fin y al cabo, así no quisiera, siempre volvía y siempre pagaba. La mesera, acostumbrada a celebrarle todo y a no negarle nada, le entregó el ron y se despidió de nosotros no sin antes advertirnos: “pilas que el Centro está muy bravo, sobre todo de aquí pa abajo”. Qué le han dicho, pensé al ver cómo le brillaban los ojos ante esa advertencia que en su cabeza daba una extraña vuelta y se convertía en una invitación irrecusable.

No se tomó ni un trago con los borrachos habituales que beben en el parquecito al frente de los bares, tampoco se preocupó por saber cuáles de sus conocidos todavía estaban en pie, ladeados y vociferantes pero en pie, simplemente me preguntó, como si tal cosa: “¿Hace cuánto no vas al Parque Bolívar?”. A mí, que de niño me llevaban sagradamente a oír la retreta y de adolescente no me perdía las ventas de artesanías de Sanalejo, el parque me decía poco o ni siquiera me hablaba, mudo ante la Catedral Metropolitana. Pero le contesté, para dejar claro que sabía por dónde iba el agua al molino, que no tenía ganas de hacer turismo agarrando pueblo, menos de convertirme en un entomólogo y buscar un bicho que no se me había perdido entre las risas y las insinuaciones de los travestis, el humo de los droguitos y el embale de los atracadores.

Ni qué decir que lo acompañé. Ante mi negativa, muy digno y medio ofendido, me dijo: “fresco que yo nací solo”. Pero una de las virtudes de mi amigo era convencer con el ejemplo; nunca, desde que lo conocí diecisiete años atrás siendo su alumno, lo vi rogar por nada, pero cuando

quería algo de verdad, hacía por conseguirlo o simplemente lo conseguía.

Un sorbo largo para salir de dudas, una parada en un ventorrillo para aprovisionarnos de cigarrillos, y ya estábamos en camino. Vimos patrullas de policía, bares que comenzaban a cerrar, los últimos clientes de una noche que iba a ser de otros: caminantes solos, mendigos acurrucados en la acera, grupos de muchachos juntando billetes y monedas para comprar una última botella o un gramo de perico que ayudara a confundir el día con la noche. Mi amigo estaba exultante, y ajeno al paisaje volvía a sus temas mientras bebía y ofrecía. A Capote lo mató la escritura de *A sangre fría*, después de seis años entre asesinos y granjeros de Kansas no volvió a ser el mismo, me decía, como si me contara un secreto de Estado y al hacerlo me hiciera cómplice de una conspiración. Su voz clara se volvía gangosa por momentos, las palabras se juntaban y la historia se apretaba y se confundía con otras. De Gerald Clarke, el biógrafo de Capote, saltó a Carrasquilla, de Carrasquilla a unos versos que estaba escribiendo y recitaba y repetía: “andábamos sentados en la hoguera / atizando con





el cuerpo llamaradas...". Un traspíe, nada grave, se apoyó en un poste y continuamos. Pensé que, aunque bebía cantidades ingentes de ron o de lo que fuera, casi nunca se lo veía borracho; pero ahora lo estaba, daba un paso y se reía, me palmeaba en el hombro, se tomaba un trago y exigía que yo hiciera lo propio.

"Catedral Basílica Metropolitana de la Inmaculada Concepción de María", dijo mientras se santiguaba, y como yo me burlaba al ver su devoción, levantó los brazos hacia el campanario y habló a los cielos: "Señor, aquí traigo un hijo impío, cura sus enfermedades literarias y muéstrale el camino", y celebraba su apostolado mientras me señalaba para que el Señor reparara en mí y no se olvidara del milagro. "Sabés —me dijo cambiando su locura mística por una entonación docta—, esta es la catedral más grande del mundo y una de las más grandes de Antioquia, hecha en puro ladrillo cocido. Salud por la raza antioqueña". Y ahí sí se rio con ganas, doblando el cuerpo y palmeando la botella. Ahogado en su pantomima, se irguió despacio y respiró por la boca, pero la calma duró poco. Como un niño que saborea un dulce y descubre que tiene otro en la mano, dejó de lado el templo y los ruegos por mi alma y enfiló hacia la estatua ecuestre del Libertador. Yo miraba para todos lados buscando un peligro real en la sombra de un árbol, en un quiebre de esquina, en el ruido de una moto, pero todo estaba en calma. Un mendigo dormía en una banca, un serenatero con su guitarra a cuestas arrastraba los pies frente al atrio,

una ambulancia pasaba silenciosa, dos travestis conversaban tranquilos en una esquina del parque. El único que parecía alborotar la calma del lugar era mi amigo, que me llamaba a gritos para que le alumbrara con el encendedor el pedestal que sostenía al Libertador en su caballo.

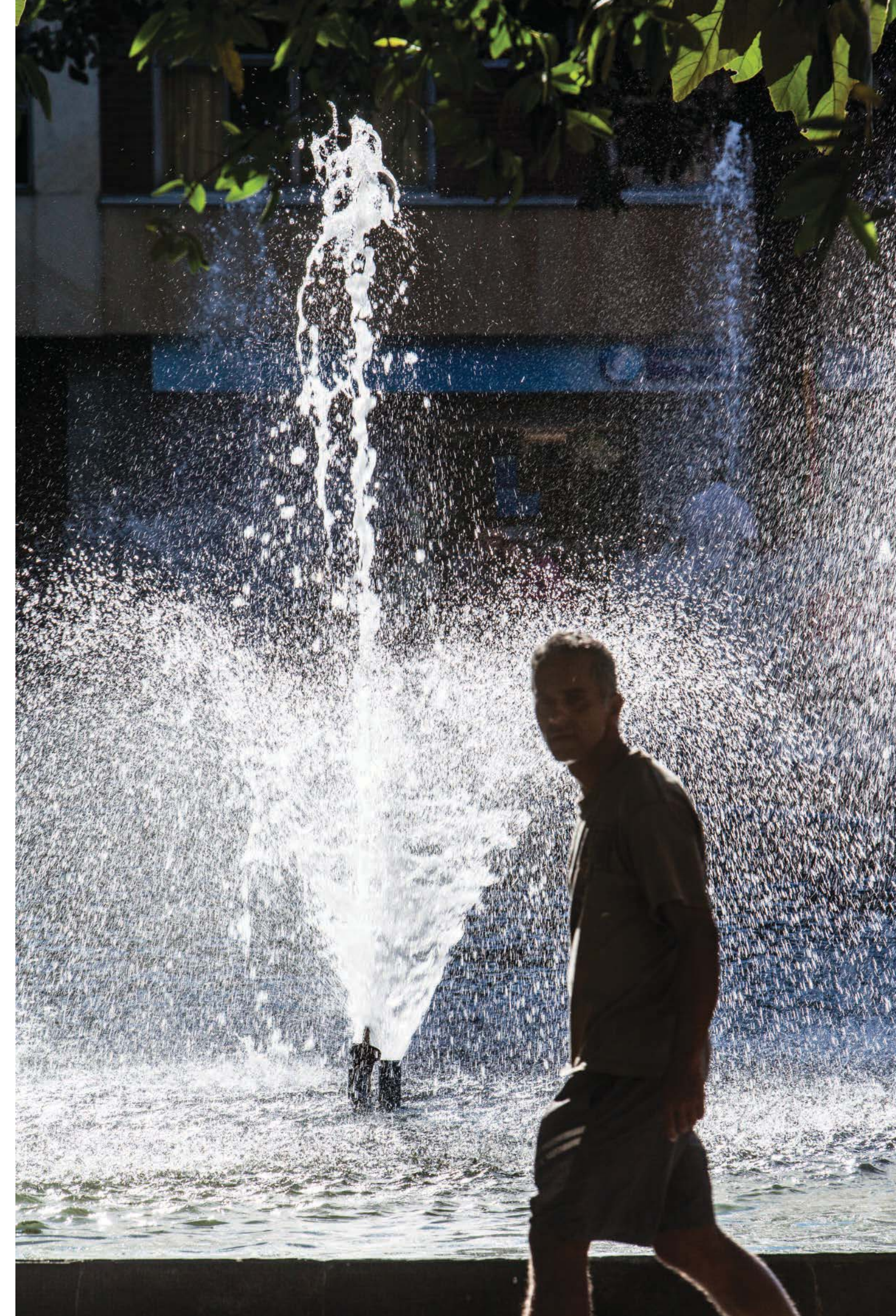
"Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano, pero no tengo nada. No tengo más que un corazón para amarlos y una espada para defenderlos". Leyó la inscripción como si fuera un poema, y mientras yo esperaba una arenga en contra de la patria y sus próceres, una sentencia lapidaria sobre la gloria, simplemente se limitó a mirar las patas del caballo y como si pensara en voz alta dijo: "yo lo prefiero sentado en la hamaca, con el cuerpo tirado hacia adelante, escupiendo sangre, con la gloria intacta del guerrero vencido. Así tendrían que esculpirlo". Me pidió un cigarrillo, levantó la botella y se tomó un trago triple. En un gesto paternal me pasó el brazo por el hombro y me dijo: "sentémonos un rato, hace mucho que no venía a este parque y todavía queda media de media".

Fumábamos en una banca cerca de la fuente, observábamos el agua verde azul, los surtidores apagados. Las campanas repicaron cuatro veces. Miré la botella de soslayo esperanzado en que no le quedaran muchos tragos, bostecé resignándome al mutismo alcohólico de mi amigo, y cuando iba a proponerle cerrar la noche antes de que pasara el carro de la basura, empezó a contarme: "de niño yo me bañé en esa fuente. No,

no es un embuste, la cosa fue así...", y continuó mientras se levantaba impulsado por la historia. "Había unos gamines bañándose, tirándose agua, riendo. Yo tendría siete años y me pudo la envidia, así que levanté un pie, luego el otro, y me metí a la fuente. Mi mamá me peleó por la aventura, pero, ahora que lo pienso, si hubiéramos estado solos me habría permitido atravesarla de lado a lado. Fue una tía que estaba con nosotros la que puso el grito en el cielo, que las infecciones, que esto y lo otro. En últimas no pasó nada". "Yo creo que la infección se te quedó en la cabeza", le dije, pero ya no oía; caminaba ceremonioso como cualquier Jesús hacia el Jordán. Que haga lo que quiera, pensé mientras lo veía entrar en la fuente, pero no entró pacífico en busca del bautista; se acostó boca arriba, retozó, sacudió el agua, se levantó y volvió a caer, una y otra vez. Lo ayudé a salir, confiado en que estaba tan borracho que le quedaría imposible arrastrarme adentro.

"No hay con quien, con lo buena que está el agua", decía mientras se escurría la ropa, se frotaba los brazos y se tomaba el trago que quedaba.

Caminamos hasta la avenida principal y paramos un taxi. El conductor medio dormido no pareció darse cuenta de que el poeta H. chorreaba agua de fuente y nos llevó sin problemas. "¡Adiós calamidad!", me despedí repitiendo las palabras que Conrad Aiken le dijo a Malcolm Lowry la última vez que se vieron. "Dios no ha hecho el milagro de curarte de tus enfermedades; espero que nosotros corramos con mejor suerte", me respondió mi amigo al bajarse. Y el taxista arrancó, inocente, sin saber el agua que lo mojaba.





El parche de Bolívar

Por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Unas breves charcas han quedado del aguacero de la medianoché. El traqueteo de una carreta vacía cruza el parque desde la calle Ecuador hacia Perú. En las bancas yacen a pierna suelta algunos indigentes. Transeúntes a paso apremiante pasan: empleados de banco, meseras de cafeterías, dependientes de almacén y celadores. Trabajar es un destino humano del que algunos se libran por herencia, otros esquivan con argucia y los demás anhelan. A todos les responde el prócer de la patria con una frase grabada en el pedestal de mármol: “Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano, pero no tengo nada, no tengo más que un corazón para amarlos y una espada para defenderlos”.

La estatua ecuestre solo se pudo levantar luego de una colecta pública que llamaron “el centavo patriótico”. Tardaron varios días los cabildantes en discutir, como en la Patria Boba, a cuál lado miraría la cabeza de Bolívar. Por fin decidieron que sería hacia la calle Junín, la del comercio principal, aunque el Libertador tuviera que darle la espalda a la Catedral, como buen masón que fue.

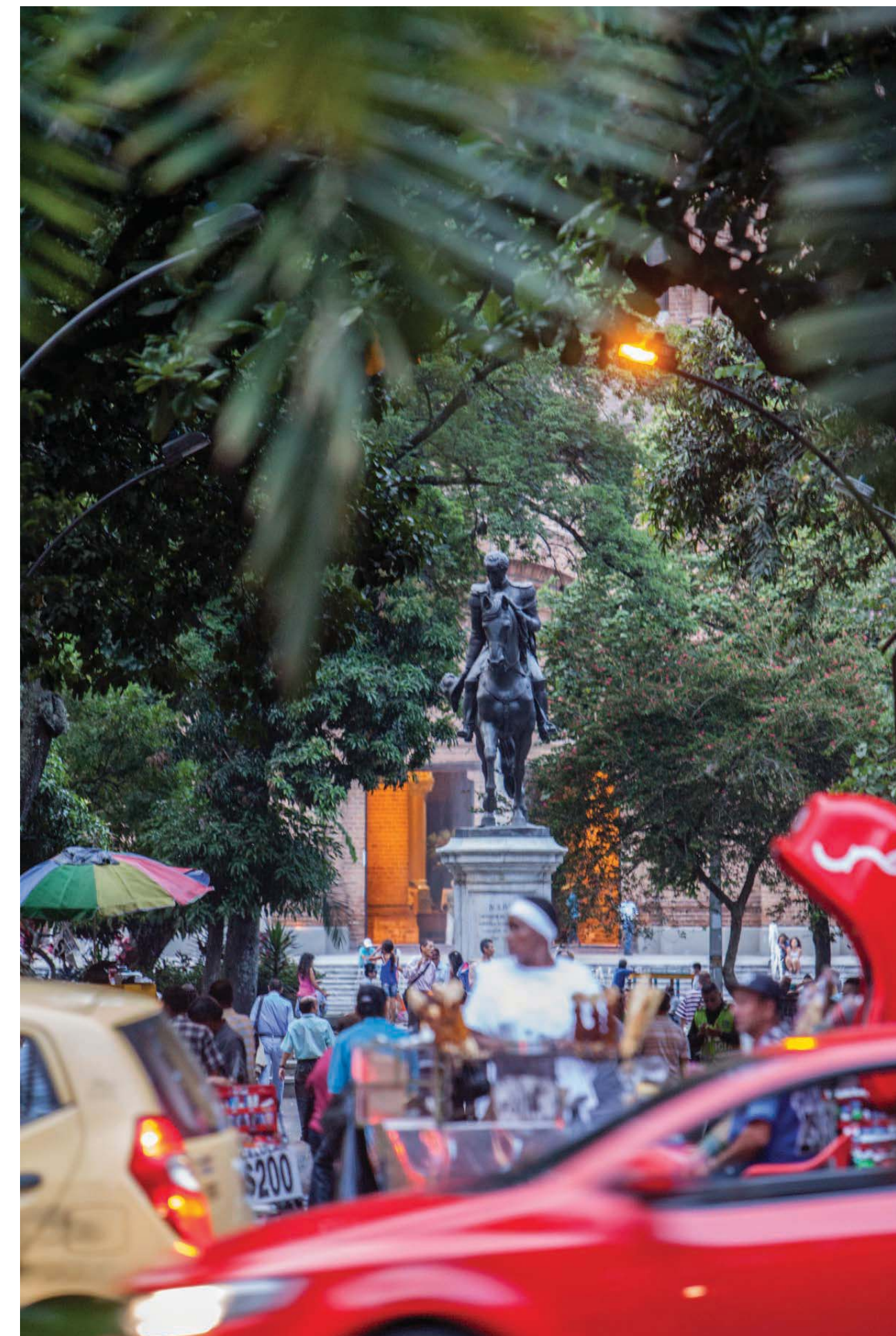
En los años veinte el parque tenía una verja de hierro forjado y una puerta con cerradura. Las nanas de las familias señoriales que rodeaban el predio tenían su llave para abrirla e ir a darles un baño de sol a los bebés. El barrio se llamaba Villanueva, construido en los terrenos de un inglés protestante, Tyrell Moore. Él mismo había donado las dos manzanas para que los vecinos que le compraron lotes tuvieran un lugar donde entretenerse. Ya por esos días se hablaba de cierta plebe que empezaba a rondar por el sector, a la que era necesario enviar para otros pagos. Sería la misma que poblaría luego los rincones bohemios de Guayaquil y la plaza del ferrocarril.

Desde 1892, el año de su fundación, ha corrido bastante agua. Algunas casas de aquellos tiempos aún están en pie. La de Pastor Restrepo, en la esquina de Caracas con Venezuela, cuyas buhardillas polvorientas la hacen ver como una palomera abandonada. La de Juan de la Cruz Posada, en el costado oriental, donde todavía despacha la vieja papelería Filatelia y Numismática. El segundo piso y la parte trasera de lo que fuera una gran mansión ahora es un parqueadero de motos. Una tercera, de porche estilo inglés, resiste la demolición como oficina de un banco español, en la esquina de Bolivia con Ecuador.

La mañana avanza con un sol primoroso que alegra a la colonia de pericos bronceados y cotorras carisucias, que trinan con bullicio en las copas de los balsos y las palmas. Hace rato se establecieron en el vecindario y no riñen con la jerarquía de las palomas que gobiernan los tejados circundantes.

Ajena al alboroto de las aves, Yesenia Garcés empuja un coche de bebé con termos de café caliente. Ahora tiene cuatro meses de embarazo. Será el segundo hijo de un taxista que conoció cuando este trabajaba de portero en una discoteca de Manrique. “Le dejé de hablar después de que me perdió el respeto y me tiró el carro. No aceptó que este segundo hijo también fuera suyo dizque porque no había sentido los síntomas como con el primero, cuando le dio vómito y maluqueras. Entonces dijo que era de otro”. El hombre abandonó a la muchacha, que debió salir a buscar el sustento con el carrito. Transita el parque y sufre los embates de la envidia de las tinteras viejas que venden menos que ella. Yesenia es una mulata menuda de rasgos dulces. Cuando sonríe revela una dentadura preciosa que irradia jovialidad a todo su rostro. Se entiende por qué los viejos jubilados prefieren su tinto. Vive en Robledo, almuerza en un restaurante de la calle Perú. Allí mismo le venden el café para llenar los termos.

Martha Lucía Duque tiene, en cambio, un puesto fijo de dulces, cigarrillos y café que se ganó por sorteo del municipio. En torno a este ventorrillo se ha formado un club de parqués que recorre casillas desde hace veinticinco años. Los tres miembros honoríficos llegan sin falta a las diez de la mañana: doña Griselda Espitia, una jubilada que vive junto al parque, Óscar Alzate, de profesión desconocida, y la propia Martha. A veces el juego se interrumpe porque le toca tirar a ella y en ese momento está ocupada despachando un tinto o un cigarrillo. El chasquido de los dados vuelve sobre el vidrio. Los ojos miran expectantes, una mano mueve la ficha, y de nuevo el sonido minúsculo se torna insistente como la banda sonora del ocio. “Venimos acá a matar el tiempo”, dice doña Griselda, y siempre atildada como si fuera para una fiesta saca de la cartera de mano los mil pesos que se apuestan en cada tanda. Los tres jugadores no quitan los ojos del tablero, donde un revés de la suerte te puede llevar al cielo o a la cárcel, como en la vida. Juegan hasta bien entrada la tarde, cuando llegan grupos de apostadores duros. Y dado que estos tiran a los dados sumas serias, sus rostros se ven tan graves que aquello ya no parece un juego de parqués sino de ruleta rusa.





En los ochenta rumbaban por aquí las gavillas de gitanas. Te salían al paso para leerte el destino en la mano. Nadie sabe adónde les llevó su suerte. Ocuparon su lugar varias señoras que dicen leer el tabaco aunque lean el cigarrillo. Un habitante de la calle recomienda a doña Rosa Cadena, indígena del Putumayo, de piel lustrosa y labios ajados que repinta con colorete. Ella se sienta en el sardinel explayada en anchas ropas de matrona de aldea y collares de Sibundoy. La rodean un par de asistentes que tienen la labor de agitar de arriba a abajo dos atados de cigarrillos. Mientras las brasas se consumen, van quedando en la ceniza los signos del porvenir.

Una clienta pregunta en voz baja si su hermano va a conseguir trabajo; Cadena mira las figuras humeantes y entre nubes de nicotina le augura lo mejor. Remata con una tos definitiva al momento de recibir su exigua paga.

El espejo de agua

No hay grifos de agua en el parque. Cuando el astro rey se vuelve más tirano, la gente busca el leve frescor de la fuente. El viejo alivia la calva, el nieto chapotea en la orilla. Un muchacho de la calle empapa su camiseta, remueve con ella los rastros de aventura, se echa agua en la cara. Otro llega y le ofrece un vaso desechable para facilitarle el baño, pero él lo rechaza.

Por las mañanas una réplica de un bus escalera viene a pasear los niños alrededor de la fuente; cada vuelta vale 500 pesos. En la cabina de la chiva de juguete se lee: “Dios es todopoderoso pero hincha de Nacional”. El pequeño de adelante mueve la cabrilla, convencido de que es él quien conduce y no el dueño que empuja envuelto en una bata blanca. De fondo se escucha la homilía gangosa del padre en la misa matutina, un sermón que se funde con el pregón de un heladero: “¡Galleta, chococorno, paleta!”.

En una banca hay dos hermanos que beben aguardiente en copitas de plástico. A un lado dos merenderos charrasquean sus guitarras y cantan con voces destempladas. El más borracho les pide que toquen *Mama vieja*, y el otro dice que es mejor *Las acacias* porque era la canción que más le gustaba a la mamá, tanto así que el papá se la cantaba cuando llegaba borracho para tratar de apaciguarla. Los merenderos puntean *Las acacias*. El sobrio les da más propina. Le pide a una vendedora amiga que le ayude a conseguir un fotógrafo, mientras el otro hermano se dobla y grita que no hay como la música colombiana. La muchacha da una vuelta por la fuente, pero vuelve para anunciar que ya no queda un solo fotógrafo en el parque. Desde hace tiempo frecuentan poco este lugar que antes era foco de retratistas. Había desde los que tomaban poncherazos con cámaras de fuelle hasta los que imprimían instantáneas con máquinas de Polaroid.

El hermano sobrio, Nicolás, no parece entender estos nuevos tiempos. Me cuenta que acaba de obrarse un milagro y por eso están celebrando. Estaba viendo un desfile de perros en la Feria de las Flores cuando alcanzó a ver al otro lado de la calle, entre un tumulto, a su hermano desaparecido hace cinco años. “Es el llamado de mi sangre –comenta–. La droga le cogió ventaja... Ya lo creíamos muerto. Nadie nos dio razón de él, ni en La Ceja, donde vivimos, ni en ninguna parte. Este *berriondo* simplemente se largó sin decir nada. De casualidad vine a la Feria y me lo encontré. ¿No es eso un milagro?”. Por eso vinieron al parque, compraron una botella de aguardiente en el estancuillo del Edificio Santa Clara y se sentaron en una banca a celebrar.

Los merenderos tocan ahora una de Olimpo Cárdenas. Nicolás le sirve otro guaro a Óscar, el perdido, que solloza de nostalgia y abraza al otro de

su misma sangre. La amiga, ya resignada a no encontrar fotógrafo, decide tomarles una foto con el celular. Los hermanos se adhieren como si fueran siameses. Tal vez en La Ceja verán la imagen del que creían perdido.

Este es el parque de los encuentros furtivos y de los otros. Se encuentra el hombre casado con la amante que en el barrio no puede ver, el primo con la prima, la hija con su padre divorciado, el anciano licencioso con un vigoroso efebo, los albañiles en día de pago, los soldados recién salidos del cuartel. Muchos habitantes de barrios cercanos vienen aquí porque allá en las cumbres no hay parques como este, con búcaros y gualandayes, balsos gigantes, ceibas de sombra fresca, con guacamayas de rebusque y loras itinerantes.

Aires de campanario

A la salida de la iglesia, después del “podéis ir en paz”, alcanzo a ver a la mujer que se hacía leer el cigarrillo de Rosa Cadena. Varios grupos familiares se quedan comiendo helado en las gradas del atrio. Un perro callejero sale muy orondo para demostrar que no les va tan mal en misa como dice el refrán. Es un perro raro. Las palomas se le cruzan, quieren provocarlo, pero él ni se inmuta, va en lo suyo. Otros fieles van a comprar una mata de mirto enano en el puesto de matas de María, o a comerse una panelita de coco en el toldo del Hogar del Desvalido. Allí una monja diminuta también ofrece sus tamales: “tienen tres carnes”, anuncia con un gesto de gula pícaro en el que asoman dos dientecitos de ratón.

Con dispensa del arzobispo se puede subir al campanario románico, entrar a la cripta donde están los huesos de Tomás Carrasquilla o ver los tesoros de pintura y escultura del arte colonial. A las torres se accede primero en ascensor y luego por una escalera de caracol que tiene 262 peldaños, según consta en la placa de diciembre de 1912 que se lee en el vértigo de la cima. Desde arriba el parque se ve como un rectángulo verde y bucólico, acompañado por el ruido de tambores africanos con los que inicia su función el teatro callejero de La Barca de los Locos.

Ovidio, el sacristán de la Catedral, habituado a estas alturas, enseña las inscripciones que han dejado los enamorados y otros visitantes desde la primera década del siglo XX. Algunas, escritas con lápiz, han resistido tempestades. Hay frases inconclusas, versos chuecos y muchos nombres de parejas con fechas, algunas anteriores a la fundación de la propia iglesia. No se entiende, pero el amor es capaz de trastocar hasta el tiempo. Ya sabemos, los campanarios han sido escenarios de los locos de amor como el Jorobado de París y otros lunáticos que han llegado al colmo de colgarse de las campanas.

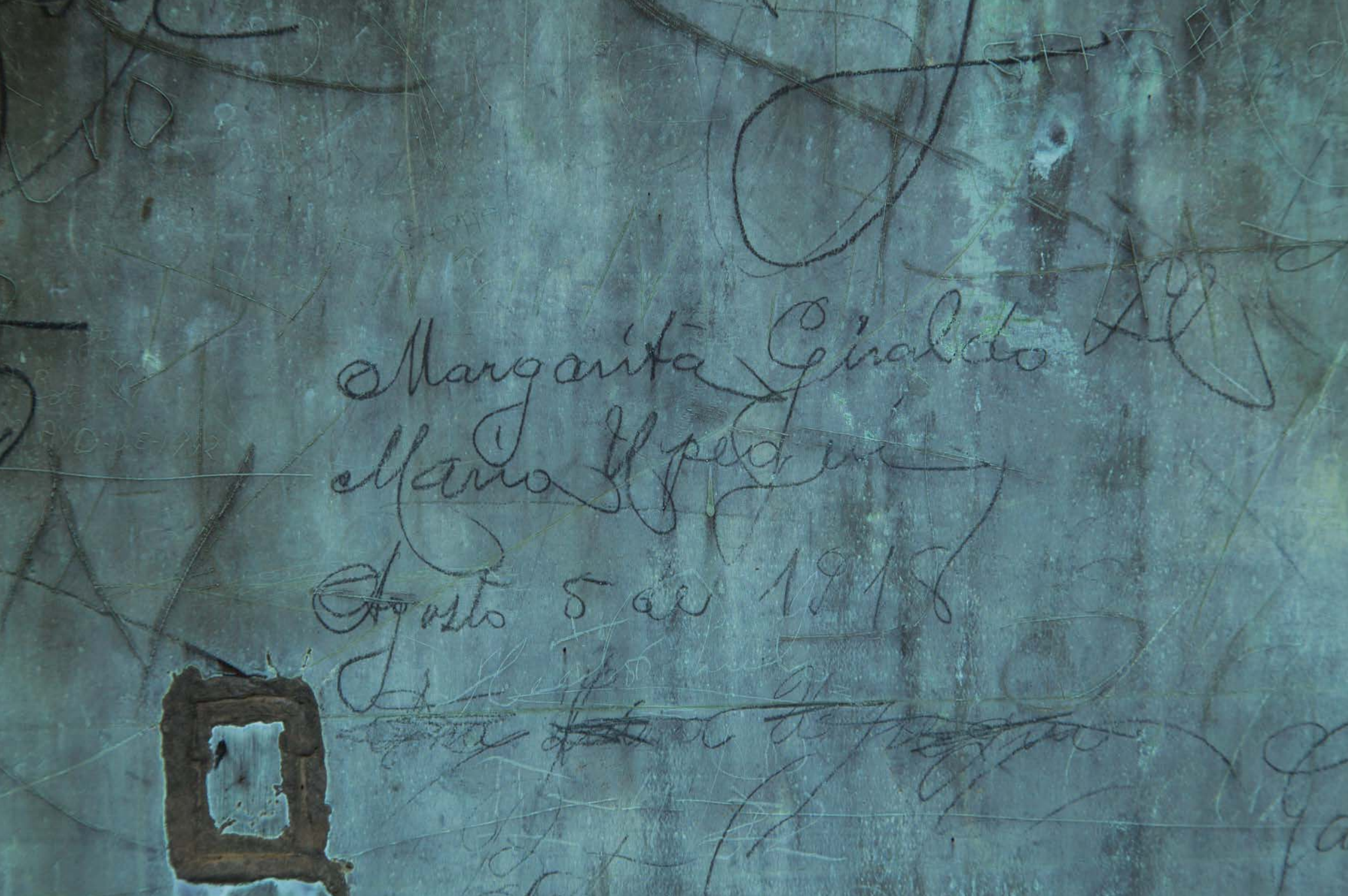
En los ochenta una poeta antioqueña, Liana Mejía, se hizo amiga del sacristán de esa época y este le dio una copia de las llaves de la torre. Ella improvisó un pupitre con algunas tablas. Inspirada en la visión del valle que encontró en lo alto, escribía sus versos en el campanario, hasta un día en que bajó para ir al concierto de un guitarrista español. Liana



quedó tan impresionada con el artista que lo buscó en el camerino, se conocieron, viajaron a Europa. Y desde entonces no tienen más inquilinos que las palomas.

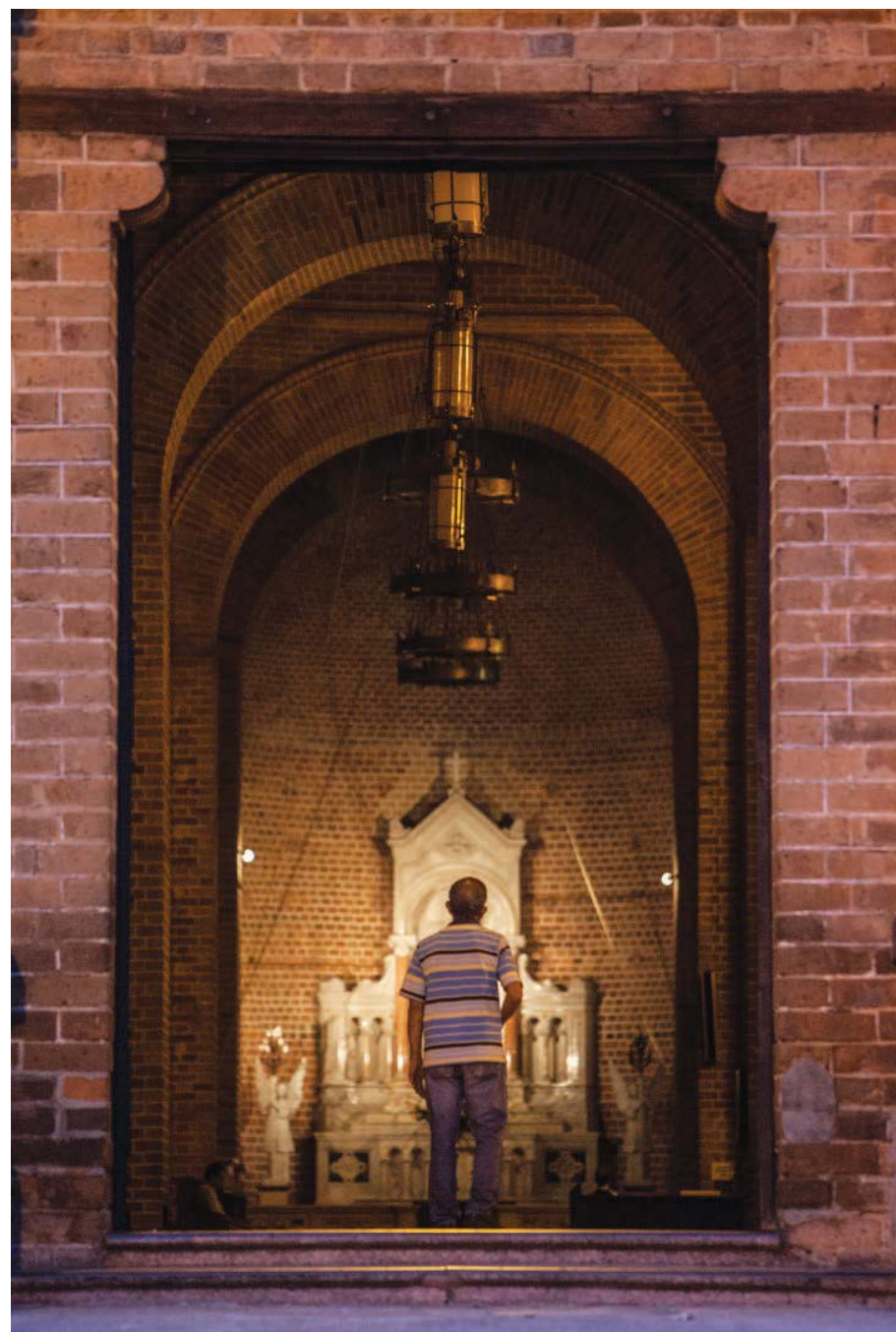
Las tardes de Bizancio

El pasillo lateral que da a la carrera Ecuador, frente al Teatro Lido, es el corredor de los profetas. Llegan cuando la tarde está doblando la esquina y la brisa viene a refrescarlo todo, incluido el humor de los parroquianos. Aquel que se siente tocado por la gracia del verbo levanta su voz. Así los



Los visitantes del campanario han desafiado el vértigo desde comienzos del siglo XX. Han dejado señales y garabatos, frases ilegibles y nombres con fechas anteriores a la construcción de la Catedral. Promesas entre campanas.





jubilados, los comerciantes cansados, los que buscan empleo y los rebuscadores tienen su pedazo de circo. Ya no solo hay exégetas de la Biblia y fanáticos como el viejo Jeremías, al que muchos recuerdan por iracundo y dogmático, sino también sofistas de cafetería que amplían su tribuna para rajarse del gobierno y de los *yankees* otra vez, de los contubernios de la política y los líos marítimos con Nicaragua. Citan por enésima vez a Vargas Vila y las lecturas prohibidas, y hasta hablan de fútbol con el mismo fervor doctrinal de cualquier religión. Discutir cuántas almas caben en la cabeza de un alfiler, tal como dijo un filósofo, es un problema físico y no metafísico, y entonces, como en Bizancio, los hombres se aprestan a convencer a otros, a veces más con injurias que con argumentos. Para los adeptos de estos cultos la razón interesa menos que la diversión. Uno

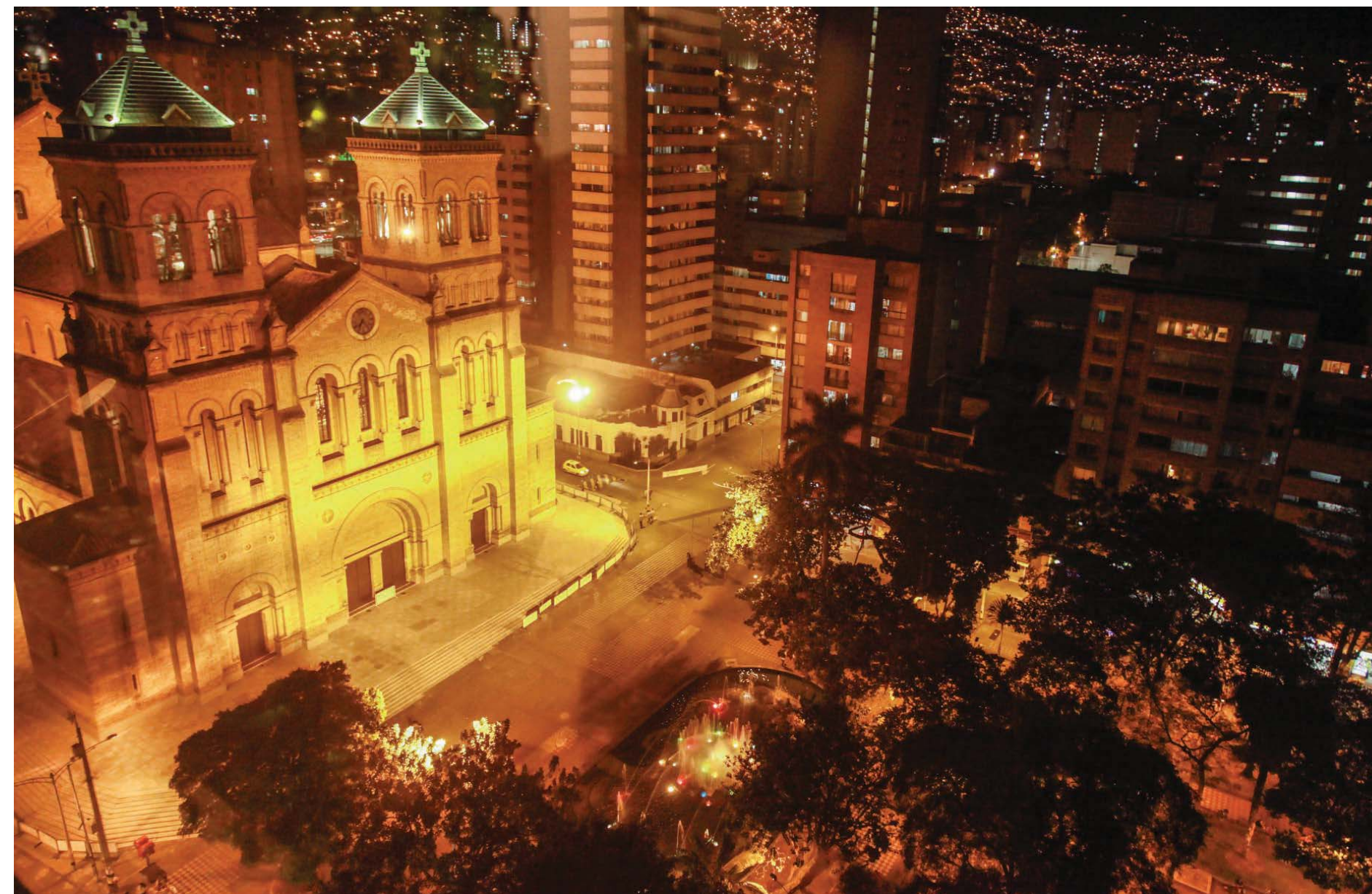
de ellos saltó a la palestra y los fieles de inmediato lo atendieron. Nadie predica en el desierto si va al Parque Bolívar.

Es un hombre muy bajito, con pelo de estopa y gorra de teja a cuadros. Saca revistas viejas de una bolsa de basura. Tiene lentes tan gruesos que sus ojos parecen girar como los de un loco de historieta. Muestra la carátula de una edición vieja de *Semana*, y mientras la enseña a todos lanza su pregunta retórica: “miren a este. ¿No se les parece a un vampiro?”. Es la foto del cardenal Ratzinger poco antes de su retiro. Con la foto en alto defenestra al jerarca de la iglesia, trae a cuento los mismos ejemplos socorridos de la Inquisición y demás infamias citadas hasta en *La puta de Babilonia* de Fernando Vallejo. Los escuchas se ríen, le lanzan preguntas suspicaces y una que otra. Otros recién llegados asienten con la cabeza, lo toman en serio. Pero llega un momento en que la perorata suena aburrida, les incomoda, se cansan de ver a este pelele del sermoneo. Lo declaran falso profeta y lo someten al escarnio. Desgranran de repente una carcajada unánime. Luego gritan en coro “¡Fuera! ¡Fuera!”, una y otra vez, como si despidieran a un torero malo. Vuelto rey de burlas, el hombre recoge sus revistas mientras a gritos lo invitan a reciclarlas. Se va con su credo entre las piernas hasta mañana, o, tal vez, hasta el día del Juicio Final por la tarde.

Sanalejo

El primer sábado de cada mes el parque huele a herbolario, a chorizo y chunchurria, a incienso y marihuana, a berrinche y pachulí. Los habituales del lugar se repliegan hacia otros sitios del Centro para dar paso a los vendedores de antiguallas, sopladores de vidrio, chamarileros, talladores de piedras, filigranistas, talabarteros y sahumeristas. Más que un mercado de las pulgas es una feria de bisutería, en cuyo río revuelto también pesca un vendedor de plantas suculentas en miniatura, un hacedor de pompas de jabón y don Lino, que pone a bailar una muñeca mecánica con canciones granuladas de gramófono. Anda por todos lados el hombre que vende ilusiones con un librito de pensamientos, y camina incansable Darío Arango, que echa humo con un cigarrillo electrónico, cura infalible para dejar de fumar.

A este mercado concurre Jorge Palmero, artesano uruguayo de veinticinco años. Se aburrió en El Carmen de Viboral porque tenía que vivir en grupo. Soñaba con comprar un terreno, pero no se lo vendieron porque no tiene papeles. Entonces se vino a buscar un lugar en la montaña dónde poner su carpa y lo encontró en el cañón de la Sinifaná. Un día vino el dueño en un caballo a preguntarle cuándo pensaba irse.



Pero al bajarse de la montura vio un rollo de alambre de aluminio muy parecido a uno que encontró en los remiendos de las cercas: “¿Usted fue el que estuvo arreglándome los linderos?”. “Sí, yo fui”, dijo Palmero. “Ah, entonces se puede quedar lo que quiera”. Desde ese momento Jorge va por todo el país vendiendo sus collares de aluminio martillado y jade de Marruecos. Cuando regresa encuentra su carpa intacta, a veces con algunas patas de marihuana de alguien que va a hacer fiestas en su ausencia. Se siente feliz en Colombia y no piensa volver al Sur. Su padre también era un inmigrante italo-portugués que se hizo campesino en Uruguay y jamás volvió a Europa.

El ingenio está en los objetos y en las formas de atraer a los clientes. John Freddy Quintero, por ejemplo, llama a una gringuita con atuendo *hipster* y le promete un anillo que empieza a armar con pinzas y un alambre de cobre. En un minuto está hecho, se lo prueba y le dice que es la flor del amor. Ella le da unas monedas, pero además le compra un collar de pluma de gallina silvestre. Lo suyo es hacer toda clase de bichos tejidos

con este alambre y semillas de asahí, yolombó y tagua. Viene de Leticia, pero dice que no es de aquí ni es de allá.

Cucurrucucú

Nunca se cantará lo suficiente a las palomas, así como nunca se dejará de pintarlas. Antes asociadas con los misterios del espíritu, viejas emblemas de la paz, hoy son una especie de plaga del aire. Las palomas de aquí son de la misma familia, la *Columba livia*, que pulula en todos los parques del mundo, la misma que extraen los magos del cubil. Vino a América con los conquistadores, que la incluían en su dieta o la usaban como mensajera. No tiene ningún enemigo a la vista fuera de los vigías del patrimonio, que la acusan de corroer los frisos y los dinteles con sus comentarios digestivos.

En las palomeras del parque es frecuente verlas picotear a la más débil o a la enferma. A veces cae una de lo alto. No está muerta sino que otras la sorprendieron con la guardia baja, adormilada por algún virus,



golpearon su cocorota y la desterraron de su alero, sin que alcanzara a emprender vuelo. Son una especie foránea que llegó para quedarse y que ha expulsado de estos lares a las torcazas y a las tórtolas, criollas de pura cepa. Tienen alimento abundante y, como se reproducen tanto, la población crece más que un rumor en los tejados del templo, o en las altas torres del parque. Son intercambiables: uno piensa si la paloma que acaba de ver no fue la misma que alguien fotografió en el siglo XIX.

Un ventero ambulante viene a regar su maíz para convocarlas. Pronto acuden como en un mitin a pelear por los granos. El hombre les da la espalda, ya no las mira, es un rito del que no espera más que el placer de escuchar el zurear de sus pechos. Hace algún tiempo un bufón del parque que todavía creía en la santa paz de las palomas hizo una propuesta sin eco: que no había que espantarlas sino carnetizarlas.

Bellas de noche

Justo encima de donde pasa la quebrada La Loca, un agua desviada que mordía los pisos de la catedral, un grupo de travestis se pavonea de un lado a otro en busca de clientes. Avanzan por la calle Venezuela, entre Perú y Bolivia, con sus trajes de gala para una noche con ritmo *Molto agitato*. Dos de ellas, Cristal y Yolima, se detienen bajo una lámpara que hace las veces de luz teatral y confiesan que no son de estos lados sino de San Diego. Solo han venido a buscar suerte un par de horas. Cristal luce un traje de satín plateado y sus pechos de artificial relucen bajo el neón. “Me dicen Pocahontas”, comenta con voz ronca y una risotada. Yolima la sigue, forrada de granate para la ocasión, y cuenta que es de Armenia. Dicen que la mayoría de los travestis de Medellín migran de otras ciudades, se alojan en pensiones baratas del Centro durante unos meses y luego se van para otras zonas. A veces vienen por los días de la Feria de las Flores o en temporada decembrina. Ponen en escena su eterno femenino. “Los travestis nunca estamos de civil –dice Yolima–, somos así de tiempo completo”. Pero en la calle saltan al ruedo, exponen su juego y calman deseos ambiguos por unas cuantas rupias. Provocan la poesía del simulacro, como eso de decir que son mariposas de papel que queman sus alas con el primer postor. “No queremos más entrevistas –grita una de las dos, ya no sé cuál–, nosotras vinimos fue a putiar”.

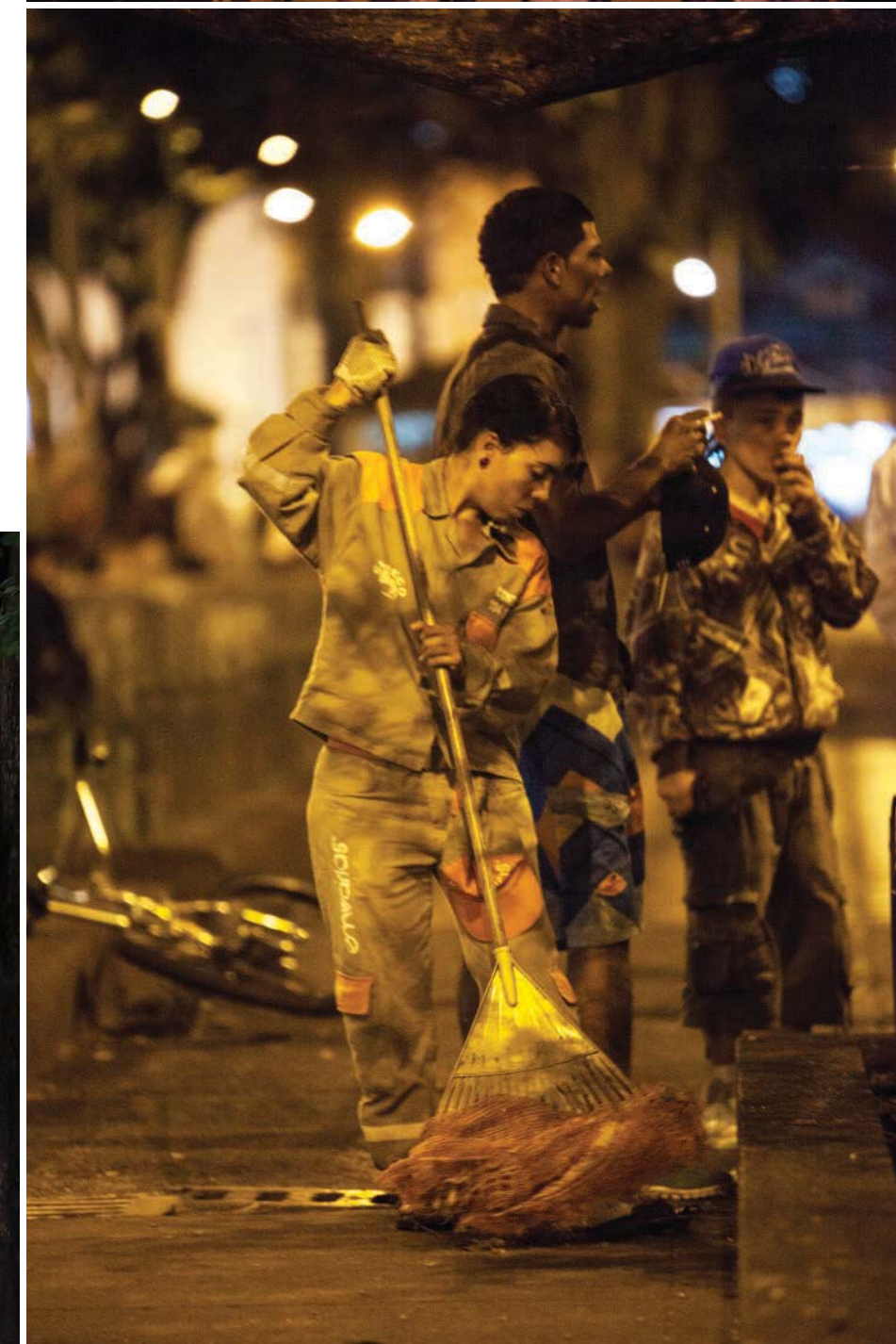
Lejos del estereotipo, Luciana Salomé Grajales no tiene pechos de recambio ni aspavientos. Vende una apariencia al natural, con poco maquillaje, pelo propio, pantalones cortos y botas blancas de peluche. Tiene una actitud serena y ojos claros. A sus veinticinco años decidió volverse una chica *trans*. No quería ocultar más sus inclinaciones y hace dos años se transformó. “Mis padres me apoyaron. Cerré la peluquería que tenía en el barrio Boston y salí a andar la calle. En el salón de belleza había que esperar todo un día hasta que alguien viniera a motilarse”. Estudió para ser auxiliar de vuelo, pero tampoco encontró trabajo en eso. Lleva apenas dos semanas en el Parque Bolívar y no baja hasta Palacé porque le cobran vacuna. A las que tienen ese negocio las llaman “madres”, son travestis viejos que administran prostitos. “A mí me va bien independiente. A veces agradecen tanto mi naturalidad que me premian con propinas”.

Luciana Salomé tiene un novio que es puto. Uno de los tantos muchachos apuestos, de gorrita, que merodean el parque en busca de hombres mayores. “Es un pirobo –aclara–, un homosexual que se viste de hombre. Me gusta mucho, pero sé que en este negocio uno no se puede enamorar, las relaciones son pasajeras”.

Cuenta que muchos de los pelados que andan en la prostitución son eventuales atracadores. Se van con un cliente, lo roban y no le dan nada a cambio. A veces se van con los ancianos solo a consumir droga. Ella dice que el suyo, al contrario, es un trabajo honesto, que además disfruta. Luego se sienta en medio de un grupo de muchachos de miradas duras. En el claroscuro del parque se dibujan estampas en las que el vicio y la virtud se solapan. Parecen viñetas de Goya, fantasmagorías de Rembrandt. La calle también es un lienzo al natural, como Salomé, por el que pasan los ávidos de compañía, los desadaptados, los perdedores sin redención, los alucinados.

Un loco de parque cruza envuelto en la coraza de aromas que lo mantiene a salvo; otro, de habla turulata, me ofrece “controlar” el peso con una báscula portátil; una mercenaria del lecho mira con fijeza al solitario de la banca. Ya es tarde. Pero tal vez habrá tiempo para dar unas vueltas en el bar giratorio, o para ver desde la barra de La Estancia a las parejas mayores que bailan con fervor adolescente las canciones de antes. Tal vez se podría subir a conversar con alguno de los viejos que perseveran en los edificios vecinos. Ya no pueden vivir en otro lugar: cuidan perros, pagan el predial, salen a hacerse lustrar, a comerse un helado en Junín. Desde abajo pueden verse algunas luces encendidas, gente que da vueltas en sus cuartos, que aprovecha sus desvelos y espera el periódico en papel de madrugada, cuando el parque comienza a cambiar de atuendo.

■







La retreta

Donato: Ignoro cuánto hace que existe la retreta dominical del Parque Bolívar. Tal vez venga desde los comienzos mismos de este (no tengo a mano la fecha de su inauguración), que fue en todo caso el nuevo escenario para ese evento musical, antes realizado en el Parque Berrío. En sus años iniciales el Bolívar estuvo cercado por una verja de hierro, y en su centro, para acoger a la banda, se erguía un quiosco o gazebo, como nos lo enseñan las viejas fotografías de ese entorno.

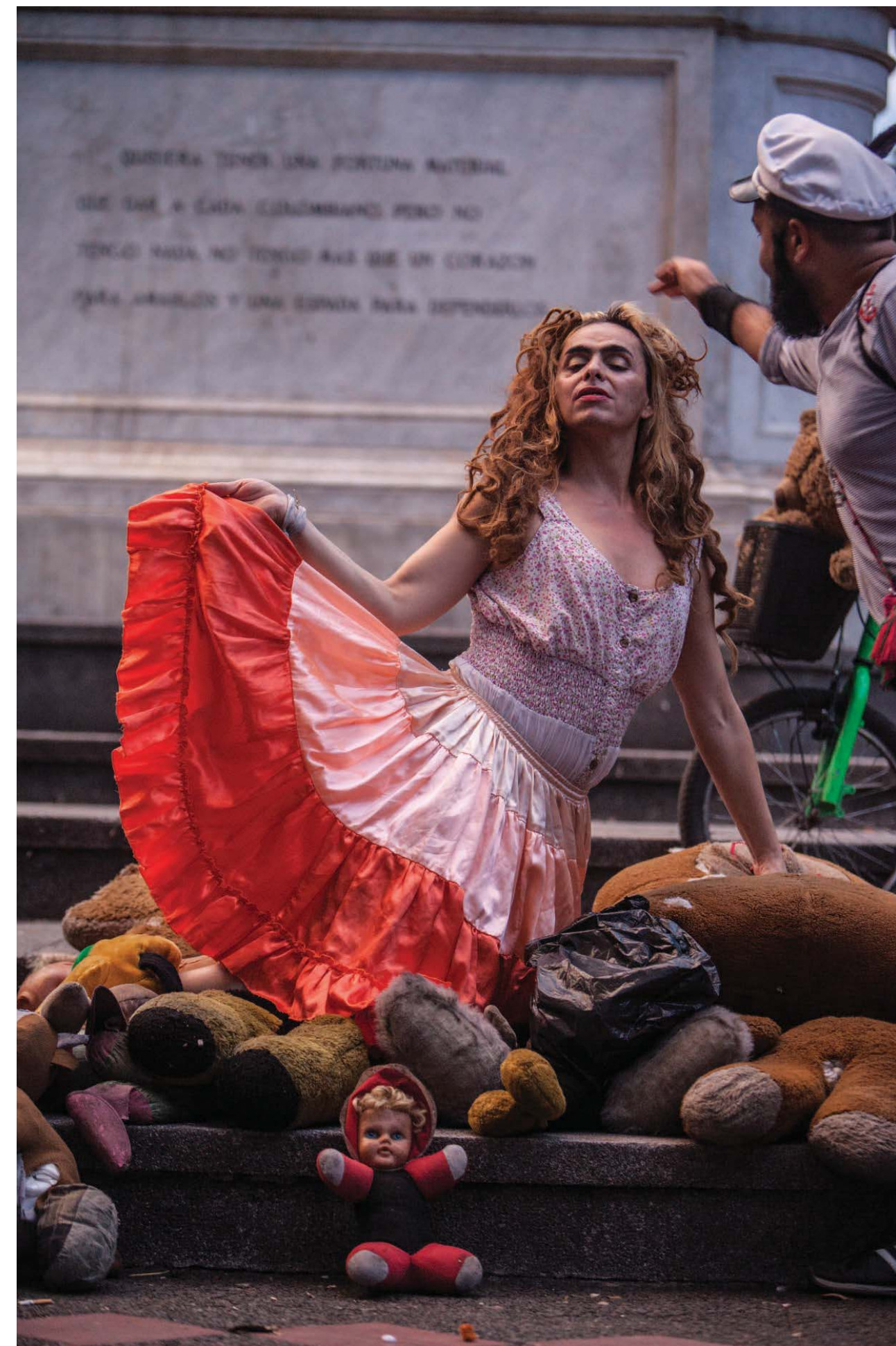
Elkin Obregón, *Crónicas*, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2013.

La Danny

Danny es la última hada que le queda a esta ciudad sin hadas. Vende cigarrillos y dulces por la Avenida Oriental, vestida de hada madrina, Blancanieves o novia. Sus largos trajes se arrastran por estas calles sucias de polvo, barro y sangre. Al pasar, deja su estela de actriz de atrio de iglesia, sin importar el humo envenenado que expelen los buses.

Cada domingo, con frío o calor, poco importa, el sucio atrio gris de la Catedral Metropolitana se convierte en un palco para contemplar el show de Danny. La cigarrera y vendedora de dulces se convierte en actriz, libretista y cantante.

Orlando Arroyave, "La última hada", *Universo Centro* 21, 2011.



Teatro al aire libre



La Barca de los Locos

Sorprendía que fueran tan desconocidos, aunque no en las viejas salas de Medellín, pues en todas los conocen. Pero su verdadero espacio es la calle. Y especialmente el Parque Bolívar, su escenario de los jueves, donde se han presentado durante veinte años. Los veo llegar con las maletas cargadas de utilería, no mucha, como para un viaje corto. Parecen inofensivos, cuerdos, nada raro en apariencia salvo por la pañoleta en el cuello de Bernardo Ángel. Ellos dos son La Barca de los Locos, un grupo de teatro anarquista, místico, callejero, que ha mantenido la pureza en su marginalidad durante tres décadas.

Mauricio Hoyos, "Palabras de fuego: El teatro anarquista de La Barca de los Locos", *Universo Centro* 34, 2012.

Palacio y Estancia

Por JOSÉ GUARNIZO

Esta no es la casa de los solterones sino la de los viejos arrumados que, como Octavio Marulanda –ex bailarín famoso de estaderos–, se ven pasar como sombras y luego aparecen por ahí abriendo puertas de habitaciones que han permanecido clausuradas por años.

–Esta es la casa de los viejos que se fueron quedando solos, desahuciados, mientras el resto del mundo les pasaba por el lado. Los inquilinos no tienen familia. Tenían pero ya no tienen –refunfuña Octavio, y hace crujir con las chanclas la madera, que huele a alcanfor.

Esta casa ya no es el palacio que miraban de lejos los pobres cuando querían untarse los ojos de fortuna.

–Esta casa es un sobrado de rico. Ahora son los pobres los que viven aquí. Bueno, pobres pero distinguidos, porque degenerados no hay. Los viejitos no pueden entrar después de las diez de la noche –se excusa Octavio al abrir un ventanal azul y apollado, el mismo que hace 138 años abrió Pastor Restrepo para tomar la famosa foto. Esa foto.

Octavio entrecierra los ojos para defenderse de la luz que entra de afuera, y se imagina a Pastor –de bigote liso y puntiagudo y gabardina de paño– ahí mismo, sobre el balcón, concentrado en el tiempo que se tomaría ese aparato traído de París en convertir el paisaje de enfrente en un recuerdo de papel.

Lo que vio Pastor ese día de 1875 fue un potrero con seis árboles recién sembrados y manga, mucha manga, además de dos montañas al fondo, en una de las cuales sobresalía una casa de fachada blanca. Lo que Octavio ve al abrir la misma ventana, en el año 2013, es el Parque Bolívar, un pedazo de ciudad en el que por las noches se dan cita policías, travestis, prostitutas, recicladores, vendedores de minutos, coleccionistas de baratijas, malabaristas, atracadores de cuchillo y borrachitos de alcohol puro mezclado con Colombiana.

Pastor, quien mandó a construir estos muros en los que ahora se esconden dos gatos hermanos que se han apareado hasta tener 35 hijos –en lo que Octavio consideró noches de porno gatuno–, fue de esos muchachos ricos que no por eso dilapidó el tiempo.

Además de esa famosa foto, tomó una extensa lista de imágenes de la Medellín de finales del siglo XIX, en las que aparecen personajes como Manuel Uribe Ángel y Pedro Justo Berrío –sentado, tomando el té, tieso como un robot, fingiendo una pose casual–, y damas anónimas como Magdalena de Quevedo (1875), quien mira al horizonte y sostiene un peinado



› Quinta de Pastor Restrepo. 1875.

que se asemeja a un arbusto alto, perfectamente adornado de arabescos que salen de su coronilla. Pero sobre todo, aquella que le tomó en el manicomio al escritor Epifanio Mejía, el compositor del himno antioqueño. ¿De qué habrán hablado aquella vez? ¿De lo locos o aterrizados que estaban los dos? Epifanio aparece haciendo un carrizo elegante, tal vez impostando ser lo que realmente era: un cuerdo lleno de genio. Y el otro loco, Pastor, a lo mejor hablaba de sus nuevos descubrimientos y explicaba cómo se hacían esas imágenes que por aquel tiempo se llamaban “dibujos fotogénicos”, una técnica que, según afirma Santiago Londoño Vélez en su libro *Testigo ocular*, le copió a un tal William Henry Fox: “imágenes fotográficas en negativo que él obtenía mediante contacto directo de objetos sobre superficies sensibilizadas con nitrato de plata y ácido gálico”.

Pero no importa cuál era el procedimiento, al final era un truco de magia. Los parroquianos platudos posaban y luego Pastor los hacía aparecer sobre una placa, lo que les permitía llevarse un pedazo de sí mismos para la casa, envuelto en un sobre que decía Wills y Restrepo Ltda., un laboratorio que prometía “retrato a satisfacción del cliente”.

También hay que imaginarse a Pastor tiempo atrás, de unos veinte años de edad, muy señorito y todo, en un rincón del laboratorio de su



› Sup. Parque Bolívar. S.f.
› Inf. Parque Bolívar. 1925.



hermano Vicente intentando separar mediante electricidad, como si fuera un mago, el oro de la plata. Pastor fue la primera persona en Antioquia en realizar tal hazaña. Un mago laborioso que aplicó a la fotografía lo que los hermanos Lumière al cine: conocimientos de química y metalurgia que aprendió de su padre, el comerciante Marcelino Restrepo Restrepo. Un empresario y cambalachero exitoso que importó a Medellín el primer coche de lujo tirado por caballos. Y hay que imaginarse a los descalzos de la villa paralizados ante el espectáculo que ofrecía el carruaje.

Y la casa, de la que no se conoce el año exacto en que comenzó a construirse. Casi todas las referencias bibliográficas dicen que fue entre 1860 y 1862 que Pastor mandó a levantar la mansión –ahora ruinososa y de milagro en pie sobre la esquina de la calle Caracas (49) con la carrera Venezuela (54)–, en aquel momento la primera de tres pisos en Medellín.

El diseñador fue Juan Lalinde Lema, suegro de Pastor, primer arquitecto antioqueño con diploma, según reseña Luis Fernando Molina en *Fotografía de la arquitectura en Medellín*. Y era tal la imponencia de la estructura, en cuya fachada sobresalían catorce ventanas, que el arquitecto francés Le Corbusier, en una visita que hizo a Medellín, dijo con asombro que aquella era la mejor edificación que tenía la ciudad.

Y es que las conexiones de Pastor con París no fueron pocas. La primera tiene que ver con la filiación de cuna, pues nació allí en 1840; la segunda, con su formación académica, dado que viajó a esa ciudad en 1874 para estudiar los últimos inventos de la fotografía.

“Pastor Restrepo se despidió atentamente de sus amigos y favorecedores y avisa al público que se va para Europa, adonde va a estudiar los últimos progresos del arte fotográfico”, anunciaba el joven en la prensa.

El negocio empezó a prosperar. Mientras Pastor estaba en París las autoridades dieron a conocer los resultados de la investigación del famoso crimen de El Aguacatal, cometido por ‘Daniel El Hachero’ el 2 de diciembre de 1873. Ese día, delante de periodistas y policías, el médico legista Manuel Vicente De la Roche mostró fotografías de la escena del crimen que en la parte inferior llevaban la insignia “Laboratorio de Pastor Restrepo”. Nunca antes las investigaciones judiciales se habían valido de la fotografía para refrendar o descartar tesis criminales. Causó tanta euforia el resultado, que el 29 de mayo de 1874, en el periódico *El Heraldo de Antioquia*, apareció un aviso de la Policía que anunciaba que la foto del crimen estaba disponible en el laboratorio de Pastor y costaba cuarenta centavos: “La lectura de la exposición y el juicio que de ella se forme será mas exacto teniendo a la vista esos cuadros”.



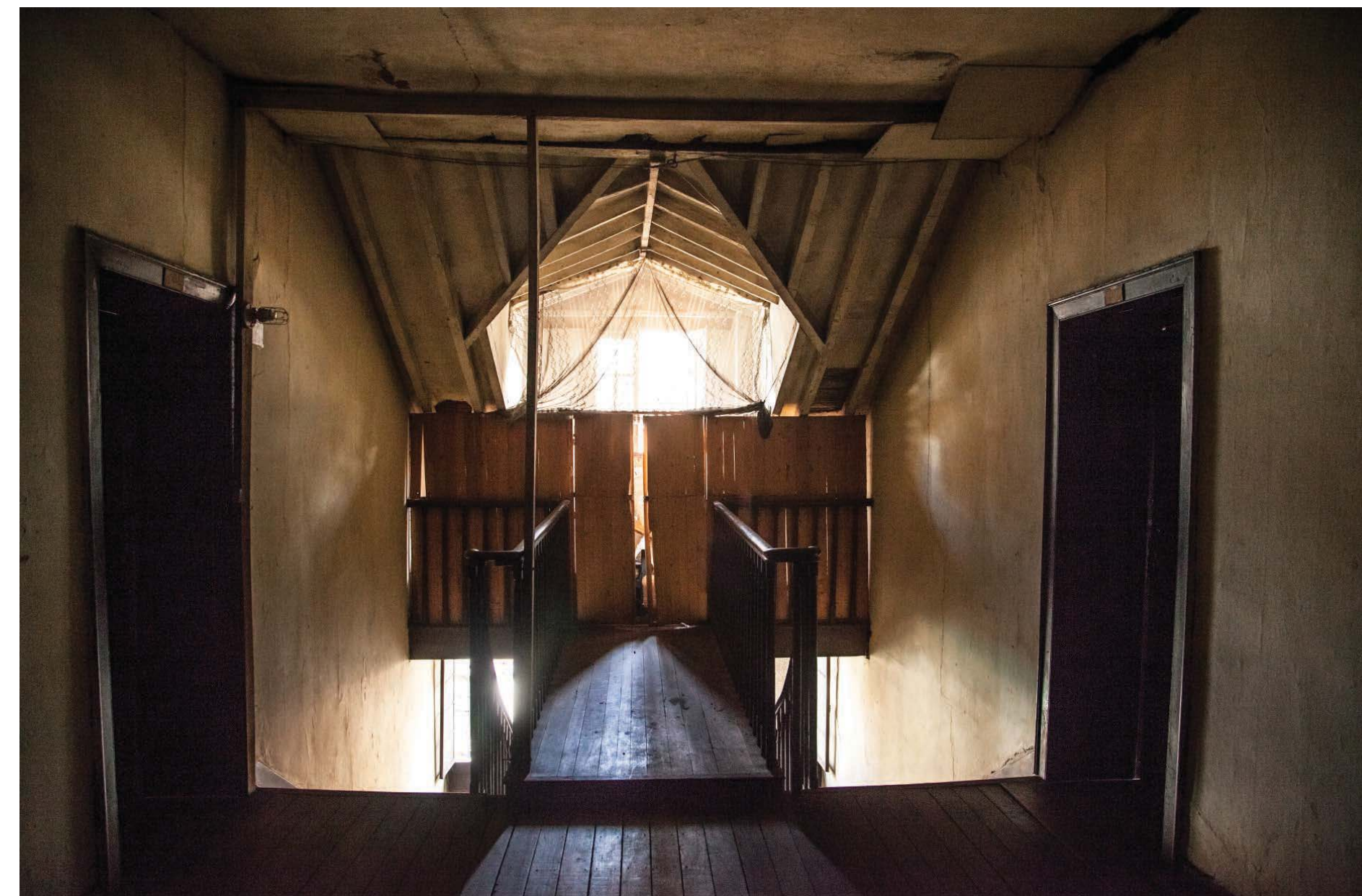
Detrás de una barra enchapada en baldosa blanca está Jorge Castrillón, forrado en un delantal que dibuja el círculo de su barriga. Mientras sirve

dos tragos que le acaban de pedir con un aplauso, dice que los clientes de La Estancia son gente con el estómago disecado:

–De tantos años de tomar aguardiente aquí, ni se engordan ni se enflaquecen.

El patio que construyó Pastor hoy es restaurante, bar y bailadero. De almuerzo, los comensales tienen a disposición asadura, albóndiga, chicharrón u oreja por tres mil 900 pesos, una tercera parte de lo que puede costar en promedio un menú ejecutivo. Hasta la década del ochenta La Estancia tuvo una fama tal, que la gente hacía filas de dos cuadras para conseguir un asiento. En sus mejores tiempos despachaba cerca de mil almuerzos diarios, según la constancia de su registradora.

En 2006, donde ahora funciona el inquilinato no había nada. El día que Octavio tomó la casa en arriendo encontró los pasillos y las escaleras tupidas de maleza y telarañas. Aún se ven ventanas cerradas para siempre con ladrillos y cemento. La única casa de verdadero “estilo” del siglo XIX –como afirman algunos arquitectos– conserva, sin embargo, las mansardas, los acabados, los pisos, algunos marcos y, en general, muchos de sus detalles decorativos. La madera y el hierro forjado parecen ser los originales, pese al desgaste, a las capas de polvo, a los bichos y al olvido.



La única ducha que funciona y usan los ocho inquilinos, que de cuando en cuando pasan por el lado de Octavio, mustios, como sombras, tiene una puerta de metal parecida a la de un frigorífico. “Corra la cortina cuando se baya a bañar, gracias [sic]”, se lee en un letrero pegado a las baldosas.

Tanto Octavio como Jorge tienen su propia versión de los últimos días de Pastor. De regreso de París, el mago fotógrafo se vio envuelto en un escándalo que comenzaría a deteriorar su imagen de hombre probo. Según el historiador Byron White, Pastor, casado años atrás con Julia Lalinde Santamaría, se enamoró hasta las tripas de una bailarina que vino a Medellín con un grupo de teatro europeo. “La curia aguafiestas, viendo el tórrido romance, consiguió que no se le prestara el Teatro Bolívar a los artistas, y en desquite, don Pastor construyó en el patio de su casa un teatro que bautizaron Las Tablas”, justo donde ahora se puede comer oreja por tres mil 900.

—Sí. Cuando ese escándalo de la moza, él se aburría y se fue para Francia y allá murió, en 1909 —dice Octavio sin mucha certeza, parado en el centro del segundo piso del caserón, al que poco le entra la luz, por cuyo fondo lleno de corotos se asoma, de nuevo, uno de los gatos.

En una bolsa tirada en el piso queda un poco del pasado de Octavio. Son los vestigios oxidados de los cerca de setenta trofeos que ganó en concursos de tango, porro, milonga, foxtrot y bolero, todos en estaderos. El pasado de la casa es como el de Octavio. Y el estado de la casa es como el de esos trofeos.

—¿Todavía baila? ¿Va a bailar?

—Los fines de semana sería muy bueno salir, pero ya para nosotros los viejos no hay dónde. No me gustan esas revolturas de ahora. El baile no deja plata, pero deja buenos recuerdos.

—¿Por qué tiene descuidados los trofeos?

—Es que uno le paga muy mal a los trofeos.

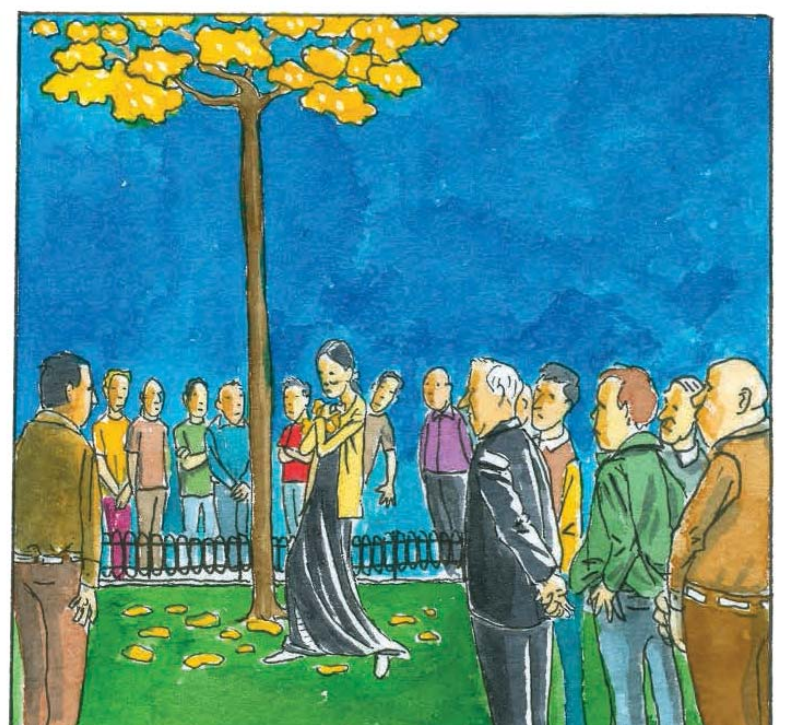
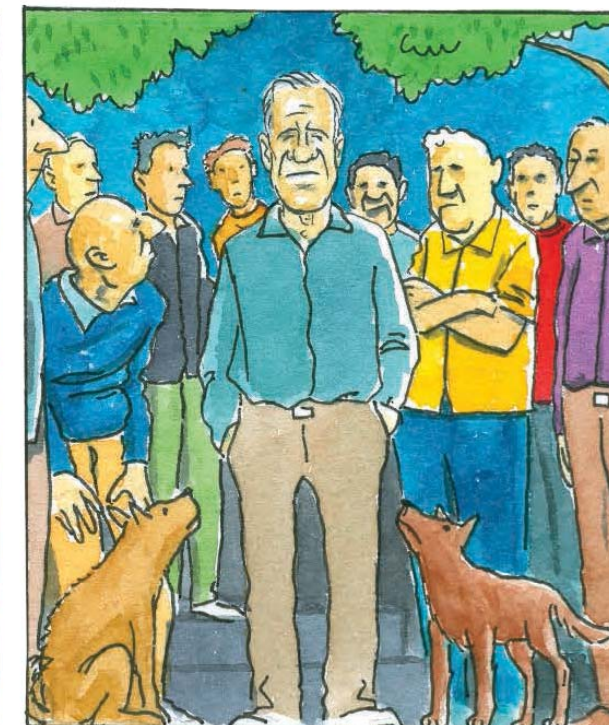
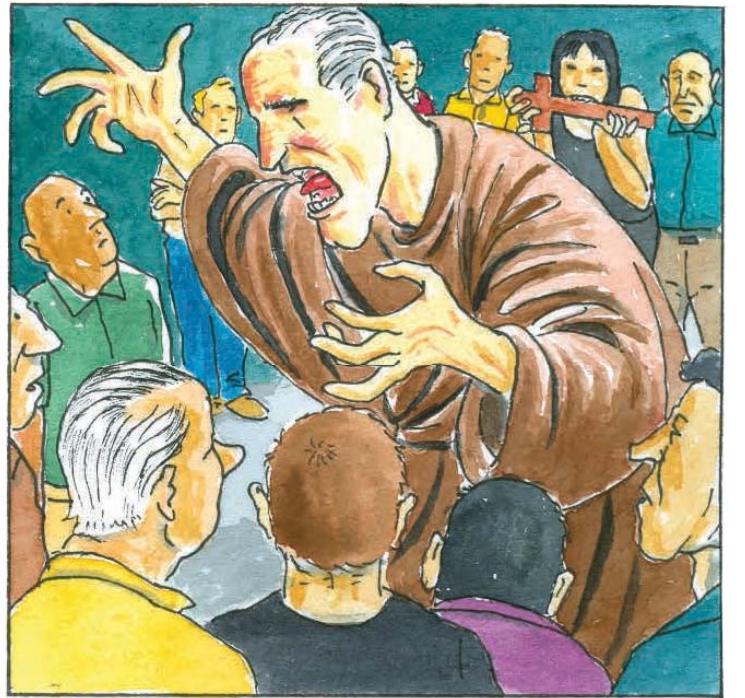
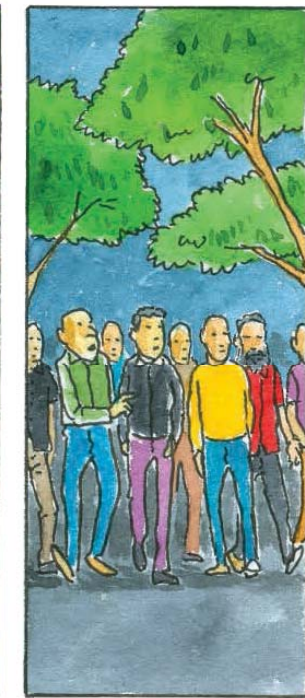
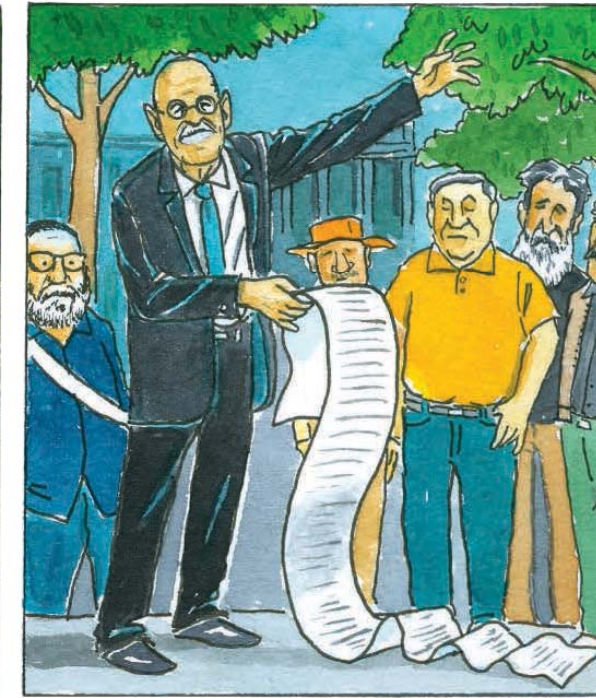
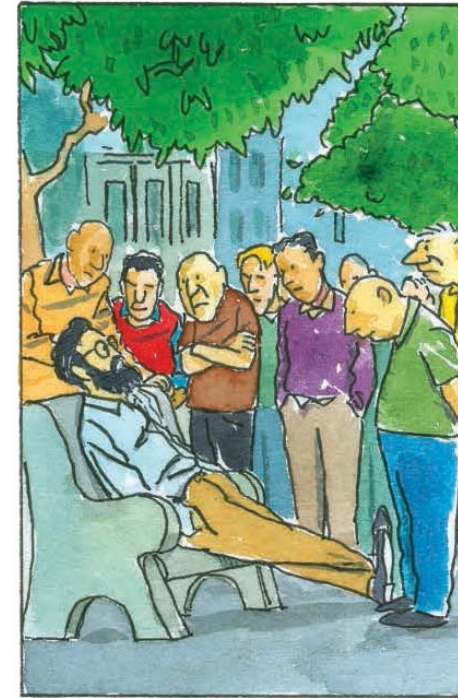
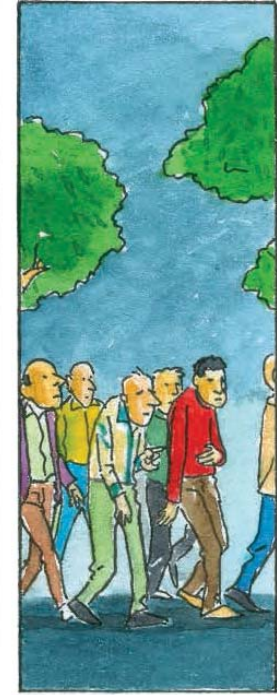
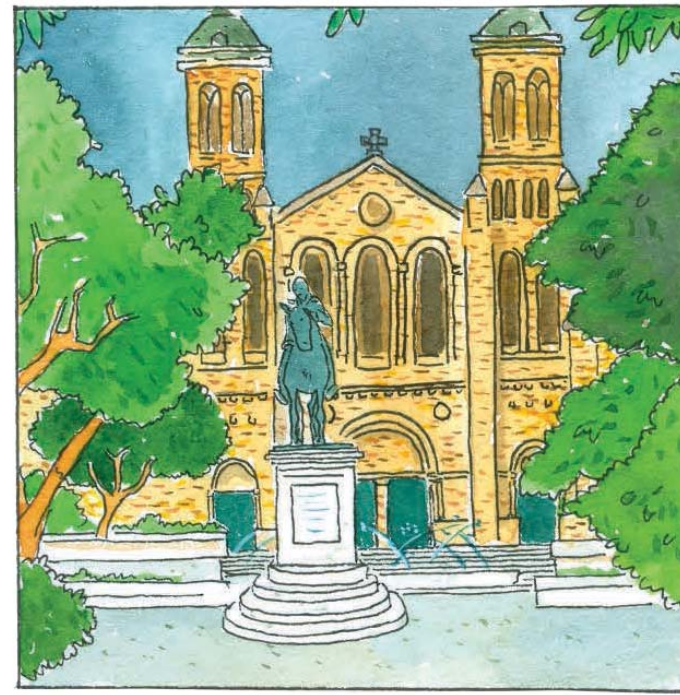
A sus 66 años, Octavio no sabe qué pasará con la casa. “El gobierno se llena la boca diciendo que esto es patrimonio, pero nunca le han invertido un peso”. Por ahora sabe que el candado se cierra a las diez de la noche. Y después de eso, por muy adultos que sean los inquilinos, nadie entra.

■





Viñeta x10





Con vista al parque

POF FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Por más de tres décadas, tarde a tarde, Jorge Uribe ha visto los esplendores y declives del parque. Su balcón es una platea privilegiada para contemplar las guacamayas que se posan en los tulipanes africanos y ver las escenas callejeras del otro lado de la calle Venezuela. Ve pasar predicadores, busconas, vendedores de confites y travestis. Como si necesitara comprobar si lo que ha visto es real, toma una foto y la imprime en su pequeña máquina. Tiene cientos de imágenes que muestra de vez en cuando a las visitas. A veces las cuelga en el pasillo, a manera de exposición personal que no figura en ninguna guía cultural de Medellín; una larga serie muestra las poses de los gallinazos que holgazanean en los tejados aledaños al sexto piso del Edificio El Parque.

Jorge Uribe quería estudiar Artes Plásticas. La sola mención de esa idea provocó la indigestión de su padre, un médico graduado en París, quien le ordenó que cursara primero algo serio y lo otro vendría por añadidura. Ingresó a arquitectura en la Universidad Pontificia

Bolivariana, pero lo echaron por bajo rendimiento. Anduvo un año de farrá, jugando billar o ajedrez en el Metropól, hasta que ingresó a la misma carrera en la vieja Escuela de Minas. En su pasión por el dibujo creía que había muchas cosas para aprender, pero encontró que ya sabía casi todo sobre ese oficio. Se unió a un grupo de disidentes que se oponía a las veleidades políticas del decano –Pedro Nel Gómez– y pedían su cabeza. El movimiento no prosperó y, por el contrario, le ocasionó no pocas represalias de los profesores, que se negaban a darle un título a semejante revoltoso. Con todo y los castigos que le impusieron, logró hacer en diez años una carrera que duraba cinco.

El diablo de los números también acosó a Jorge desde sus tiempos de colegial con los jesuitas de la Plazuela San Ignacio, donde le decían ‘El Boachito’ por su permanente estado de ensoñación. Jorge tenía que trasnochar hasta la una de la mañana todos los días, abrumado por las ecuaciones. A las ocho volvía a las clases de matemáticas, y por la tarde a las de diseño.

Cuando se graduó como arquitecto se dio cuenta de que varios de sus maestros eran quienes dictaban las normas de planeación de la ciudad, los mismos que compraban bellas casas antiguas para demolerlas y construir edificios. Todavía recuerda la casona que tumbaron para levantar la torre donde hoy vive. Era una mansión solariega abandonada por sus primeros dueños, con patios interiores y salones amplios que utilizaban para hacer bailes de cuota en la época de Rojas Pinilla. Por esos días la ciudad aún era muy tranquila. Los relatos de la violencia partidista venían siempre de otros pueblos del Valle de Aburrá, jamás de los predios de la villa. Jorge y sus contertulios, algunos más copetones que otros, iban al Parque Bolívar a conversar hasta la madrugada y regresaban solos a sus casas. Otras noches, de menor templanza, iban a rematar en casa de una *madame* legendaria, Marta Pintuco.

A veces acompañaba a sus amigos a buscar serenateros en El Escorial, al frente del Teatro Avenida. Por muy poco dinero se podía arrastrar a duetos de renombre como Obdulio y Julián o Espinosa y Bedoya. Se tomaban el trago del arranque en el Bar Miami y caminaban hasta alguna casa de las calles Bolivia o Perú, donde asomaría la doncella por la ventana. Sin novias a la vista, Jorge empezó a trabajar con firmas comerciales de arquitectos y a dibujar en sus ratos libres.

Aunque su padre no era artista, de modo involuntario se había hecho a una colección de pinturas, pues esa era la forma en que los pintores de la época retribuían los tratamientos contra las enfermedades venéreas. La bohemia parecía consustancial al talento, y buena parte de la educación sentimental en las bellas artes se aprendía en los burdeles del Venteadero, el Fundungo y Lovaina. Aquellos cuadros de los maestros antioqueños que colgaban de las paredes de la casa en Maracaibo habían despertado el interés de Uribe desde que era un mocoso. Dibujaba tanto que su madre decidió ponerlo a pintar los figurines con los diseños de la ropa que confeccionaba para toda la familia.

El doctor Samuel Uribe no solo veía con sospecha las inclinaciones de su hijo, sino que además era un hombre agrio y melancólico que se pasaba horas en silencio. Nadie entendía cómo un hipocondríaco confeso lograba la confianza de sus pacientes. Tal vez había estudiado medicina como una forma de lidiar sus tormentos de enfermo imaginario. Para remediarlos usaba una medicina infalible: una pastilla de Mejoral con un aguardiente. Lo ponía tan bien que decidía tomarse otro aguardiente pero sin pastilla. Entonces, dice Jorge, daba la vuelta completa y se transformaba en el ser más afable y cariñoso de la Tierra. Le daba por cantar tango muy entonado y zurrunguear el tiple.

Aplicaba el tratamiento con alguna frecuencia; pero cuando dejaba de hacerlo y su neurastenia ya crispaba los nervios de su esposa, ella, doña Ena, le pedía a gritos: “¡Tomate ya ese Mejoral!”.



Hasta bien entrados los años sesenta el ambiente de los hogares de clase media que vivían en el Centro fue de signo oscurantista. La iglesia publicaba la clasificación moral de las películas y el índice de los libros prohibidos. Si en una cinta candorosa asomaba un pezón indiscreto, esta era señalada como mala. Por eso los condiscípulos de Jorge sabían que solo había que ir a ver las películas malas. No existían, por supuesto, los cines porno, pero sí el rosario diario y obligatorio. La abuela de Jorge rezaba todas las noches el salterio, que consistía en tres rosarios seguidos.

Cuando llegaba la hora de esos respuestas toda la familia empezaba a estirar la cara y a ponerse de mal genio, ante lo cual doña Ena tuvo la feliz idea de simplificar el rosario a un solo misterio. La paz hogareña volvió a reinar, aunque con algunos infortunios. El hermano mayor de Jorge, Juan Camilo, se negó a estudiar, se hizo *hippie* y huyó a Cali. Luego se enroló en una secta de irreverentes marihuanos que se hacían llamar los nadaístas.

Se demoraron en tener noticias de la oveja descarriada, y el propio Jorge confiesa sus preocupaciones por la suerte de su hermano.

Uribe ya conocía a algunos integrantes de la cofradía de Gonzalo Arango que llegaban disfrazados al Metropol y al Miami o se ponían de ruana el parque de vez en cuando. Empezó a leer los autores que citaba Arango en sus arengas. Le sacaba gusto a las novelas de Sartre y de Gide, y le encantaba tomar fotos con una Olympus Pen que tenía la virtud de duplicar el número de imágenes en cada rollo de película.

Viajó a Europa, y en un tren camino a Moscú conoció a su única novia, la artista norteamericana Ethel Gilmour. Ella no hablaba una jota de español, él nada de inglés. Por momentos se cruzaban frases en un francés de cartilla, pero casi todo el tiempo hablaban en el esperanto del amor. Juntos viajaron a París y presenciaron las revueltas juveniles de Mayo del 68. Despegaban los carteles del movimiento, de los que todavía hay fragmentos en el apartamento de Jorge.

La pareja se vino a vivir en casas alquiladas de Boston y Villa Hermosa, pero en los ochenta el azar y los buenos precios les permitieron comprar el apartamento en el Parque Bolívar, una construcción en la que Jorge había trabajado como asistente de arquitectura. Él y su esposa tenían estudios independientes, pero era ella la que al primer golpe de vista sabía en qué estaba fallando un cuadro. Se trasnochaban pintando, pero al día siguiente iban a dar clases en la Universidad Nacional. Ethel llevaba un bolso de tela repleto de objetos curiosos para que sus alumnos los pintaran. Para explicar la forma de dibujar volúmenes a mano alzada, Jorge terminaba haciendo enormes murales con tizas de colores en el tablero.

Su esposa murió y él sigue dibujando, tomando fotos tras los ventanales, o atendiendo a los visitantes que quieren ver sus obras o las de Ethel. Le gusta oír radio en un parlante de MP3 como los que usan los raperos que cruzan el parque. Sube a la terraza con su perra Lluvia. Hace poco trató de releer a algún autor de su juventud, pero ahora el tono de Sartre se le parece al de un predicador.

■



» La catedral, Jorge Uribe. 2001.



Carbonero, *Calliandra medellinensis*
Familia Fabaceae (Subfamilia Mimosoidae)

Nativo



Domingo 22 de septiembre de 2013, 5:25 p.m.

Dos hombres juegan una partida de ajedrez sobre la tarima del parque. Uno de ellos luce pensativo, lento, mientras el otro, sin piernas y ágil sobre sus muletas, de pelo rapado adelante y largo atrás, juega rápido y habla con euforia. Al lado, varios amigos beben algún trago a pico de botella. El de muletas mueve un alfil:

–¿Qué pasó? ¿No te estoy atacando güevón?... ¡¿Ah?! ¡¿Quiere que lo siga atacando?! Yo lo sigo atacandooo, yo lo sigo atacandooo.

El contrincante esboza una sonrisa, el de muletas está cada vez más acelerado:

–¿Usted por qué me goza home? ¿Ah? Vengo al Parque Bolívar a desahogame. Ve, Raúl –le dice a alguien del grupo–, sacá la vara que se me comieron la dama.

Raúl le contesta:

–Oigan a este, muy contento o qué. Quitate esa camiseta home bobo. Marrano.
–¡Qué qué!

Raúl no responde y vuelve a su grupito de bebedores. El de las muletas sigue su perorata retardora. Tiene una camiseta negra de la Rexixtenxia, la barra del poderoso DIM.

Devuelve la jugada anterior.

–¿Cómo se llama eso que hice yo?, ¿no sabe? Retroceder nunca rendirse, ah no mi niño. Mirá ese rey donde va, parecido al difunto Juan Pablo II que fue un caballero que vino acá a Colombia.

El de muletas saca un peón que tenía en la retaguardia.

–Esta no le vale a usted, mire qué jugaota. Estamos en este programa pa este lado y ya me toca matar por otra parte, mire. No, yo sí soy un bobo pa jugar esto home.

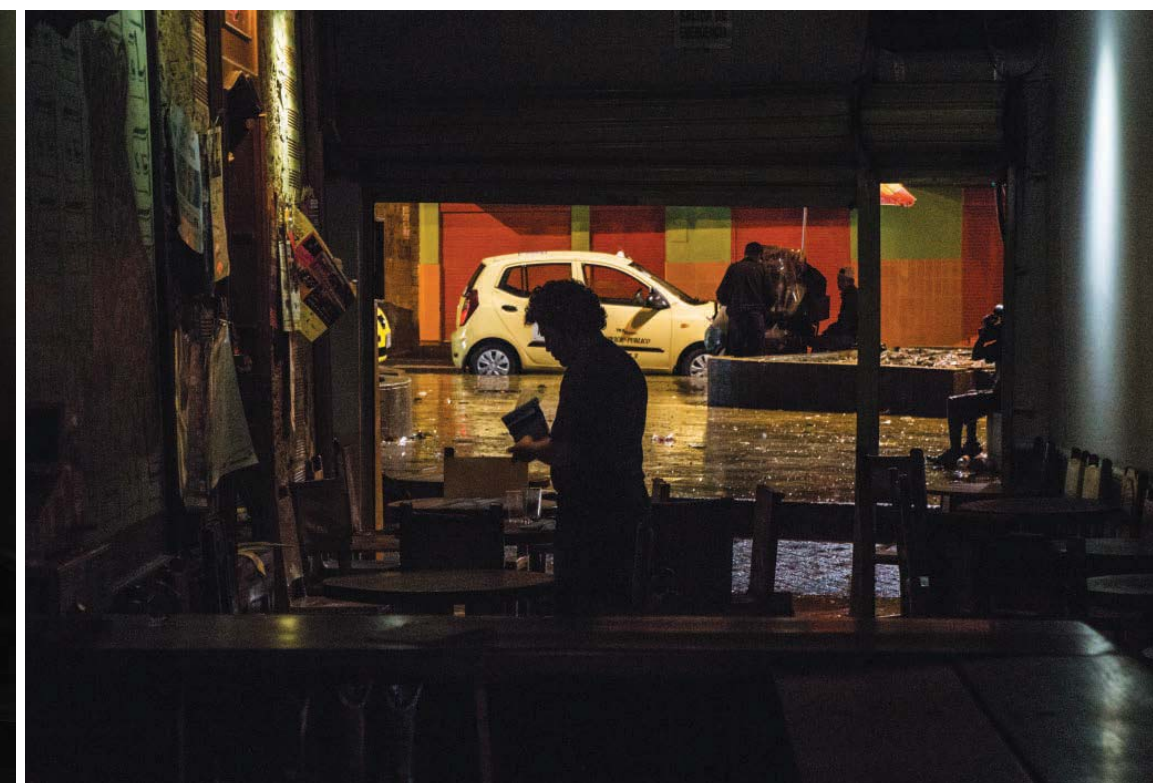
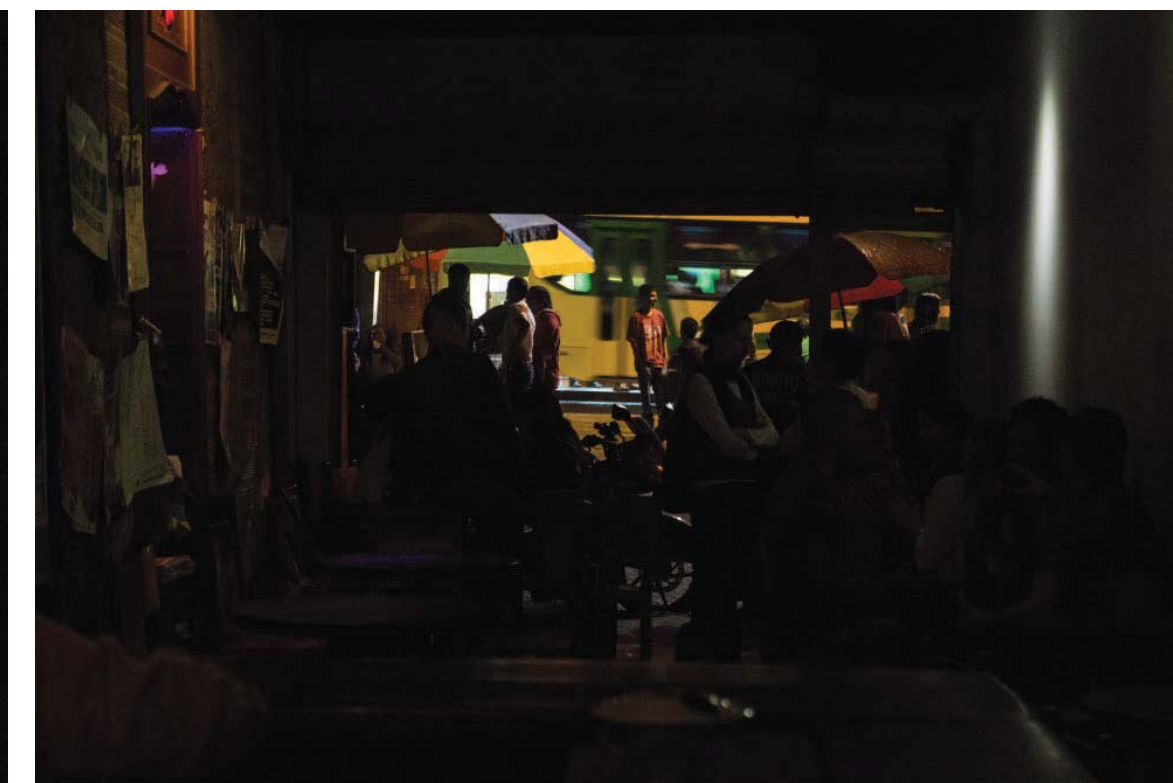
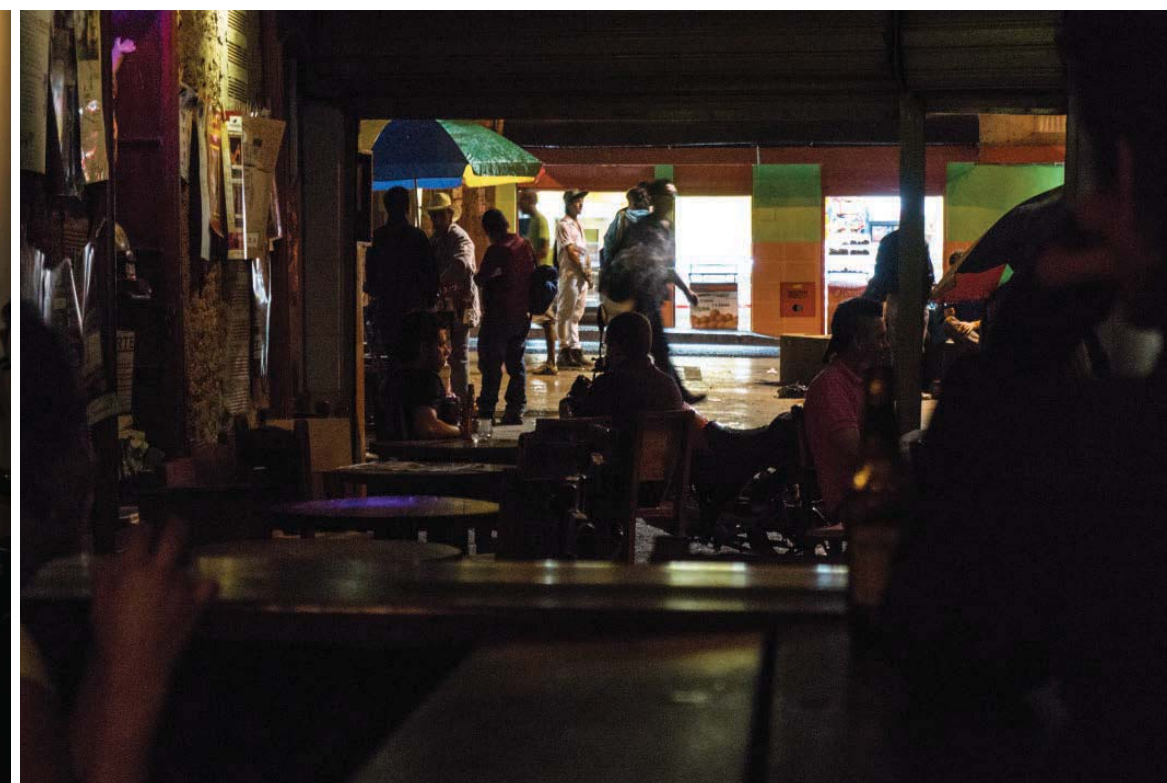
El otro aleja un peón en peligro y el de las muletas avanza con el alfil.

–¿No le valió esa jugada? Ojo que usted es manilargo y le mocho esa maniiitooo. Ah, ¿se va a comer el caballo? ¿Perdí la partida pues? ¿Me entrego? ¿Yo soy de la propia Farc o la guerrilla o qué? Entonces me entrego, ¿me entrego?... ¡¿Cómo, qué se comió?! ¿Qué se comió papito? ¡¡¡Cómo!!! ¿Se me comió un alfil? Listooo. Nunca le ha valido esa gonorrea de jugada, esta tampoco. ¿Ese caballo es que no vale? Yo no necesito estudiar matemáticas güevón.

Aparece un muchacho con una botella en una bolsa negra; en el cuello alcanza a verse un líquido blancuzco. El de muletas le da unas monedas.

–Chino, pásame lo mío. ¿Qué? ¿Sí lo destaparon? Mi Dios le pague, en estos días le regalo una camiseta; ah no, camisetas ya no regalo, antes colecciono.

Vista desde la barra



Universo Centro surgió como defensa de una muela entre Maracaibo y Girardot, un pequeño arrecife sin dueño bajo las mareas de los buses que bajan de los barrios del norte. El busto diminuto de un escritor cubano, encargado de las tintas y las cajas de letras en la Colonia, le da solemnidad al parque que podría ser plazuela. También la Academia de Historia y Profamilia –iglesia civil contra la Iglesia– le sirven de telón con mayúsculas a esa pequeña y popular anomalía del Centro de la ciudad.

Muchos han señalado al acuario turbio que se conoce como Parque del Periodista, escenario de las primeras turras y las últimas iluminaciones. Todos los mapas cuentos lo tachan con una equis roja. Pero la marca del puritano es el anzuelo del curioso, el desprevenido, el desobediente, así que El Periodista tiene un tránsito constante de propios y visitantes.

Las ciudades son incapaces de dejar un espacio público sin un altar para las ofrendas. El parque en la encrucijada de Maracaibo con Girardot fue primero el callejón de una carpintería, luego el jardín de un guanábano famoso y más tarde el enclave de una bomba de gasolina. Hasta que llegaron las placas y los honores: primero una placa en honor a los húngaros masacrados por las tropas soviéticas luego del levantamiento de 1956, más

adelante el busto del padre del periodismo colombiano, el bibliotecario cubano Manuel del Socorro Rodríguez, y por último una ronda infantil que conmemora la masacre del barrio Villatina ocurrida en 1992.

El parque no muestra sus respetos con silencios ni venias. Prefiere las crestas y el desafío. Poco a poco ha ido levantando murallas contra la ciudad que lo mira con desconfianza, y cada tanto tiende un puente para demostrar que no es solo una fortaleza de humo y mugre. El Periodista demuestra que un espacio modesto, una esquina sin muchas reglas, puede convertirse en un inesperado centro de peregrinación. Solo se necesitan tres bancas sombreadas para que el pequeño rotor de las conjuras y las ideas se ponga en movimiento. El microclima que resulta malsano para muchos organismos, puede ser ideal para el surgimiento de otras especies.

Fue en este polo en la periferia, en medio de los humos dulzones, los rugidos circulares y la ebullición de una fauna variopinta, en la buhardilla de un bar, donde pensamos y escribimos buena parte de esta historia de los parques del Centro, por donde pasó y pasa la historia de la ciudad entera.

■

EL LIBRO DE LOS PARQUES
Medellín y su Centro

UC Este es un proyecto de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, en coedición con *Universo Centro*

Propósito de la producción de la obra, mencionando la línea del Plan de Desarrollo xxxxx
Propósito de la producción de la obra, mencionando la línea del Plan de Desarrollo xxxxxx

Administración municipal:
Alcalde de Medellín: Aníbal Gaviria Correa
Secretaría Vicealcaldía de Educación, Cultura, Participación, Recreación y Deporte: Claudia Patricia Restrepo Montoya
Secretaría de Cultura Ciudadana: María del Rosario Escobar Pareja
Coordinación institucional: Claudia Patricia Restrepo Montoya, dirección. María del Rosario Escobar Pareja, coordinación. María Lorena Mira, Interventora de Secretaría de Cultura Ciudadana

Universo Centro
Dirección y Fotografías: Juan Fernando Ospina
Editor: Pascual Gaviria

Créditos editoriales
Dirección y Fotografías: Juan Fernando Ospina
Asistente de dirección: Yennifer Uribe
Editor: Pascual Gaviria
Asistente editorial: Paula Camila O. Lema
Coordinación editorial: Crealettras.com
Diseño y diagramación: Tragaluz editores SAS.
Fotografía de portada: Juan Fernando Ospina
Imágenes: *Mapa*, Daniel Gómez Henao. *Historieta*, Carlos Díez. *Ilustraciones*, Sebastián Restrepo Sierra
Corrección de estilo: María Isabel Naranjo y Equipo UC
Impresión: Panamericana Formas e impresos SA., quien solo actúa como impresor

Impreso en Bogotá. *Printed in* Bogotá, Colombia

ISBN: xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
Primera edición, noviembre de 2013
Medellín, Colombia-Noviembre de 2013
© Alcaldía de Medellín, 2013
© *Universo Centro*, 2013
©Derechos reservados de los autores para textos e imágenes, 2013
Distribución gratuita.

Esta es una publicación oficial del Municipio de Medellín. Se realiza en cumplimiento de lo dispuesto en el Artículo 10 de la Ley 1474 de 2011-Estatuto Anticorrupción, que dispone la prohibición de la divulgación de programas y políticas oficiales para la promoción de los servidores públicos, partidos políticos o candidatos.

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de características de la publicación, que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente publicación con la debida autorización y protección legal.

Todas las publicaciones de la Alcaldía de Medellín son de distribución gratuita.

AGRADECIMIENTOS
Biblioteca Pública Piloto de Medellín
Archivo Histórico de Medellín

Basílica Menor de Nuestra Señora de la Candelaria, Medellín
Catedral Basílica Metropolitana, Medellín
Iglesia de La Veracruz, Medellín
Iglesia de San Ignacio de Loyola, Medellín
Iglesia Nuestra Señora del Sufragio, Medellín
Parroquia San Antonio de Padua, Medellín

Barbería Morenas Color
Colegio Salesiano El Sufragio, Medellín
Edificio Fabricato, Medellín
Fundación Ferrocarril de Antioquia
Gustavo Vives, experto en arte religioso
Hotel Nutibara, Medellín
Jairo Osorio Gómez
Juan Carlos Velásquez
Juan Fernando González
León Morales
Luis Fernando González
Museo de Antioquia
Museo Universitario - Universidad de Antioquia
Octavio Marulanda, administrador pensión casa Pastor Restrepo
Olga Pérez *La Pájara*
Restaurante La Estancia, Medellín
Sandra Barrientos

AUTORES

ALFONSO BUITRAGO. Medellín, 1977. Periodista. Autor de *El hombre que no quería ser padre*, (Planeta, 2012). Miembro del comité editorial de *Universo Centro*.

ÁLVARO MORALES RÍOS. Sevilla, Valle, 1957. Abogado y periodista. Director de la Casa Museo Maestro Pedro Nel Gómez.

ÁLVARO VÉLEZ. Medellín, 1974. Historiador. Dibujante, creador de Truchafríta y de la editorial Robot.

ANAMARÍA BEDOYA. Medellín, 1988. Periodista. Autora del libro de crónicas *De oro están hechos mis días*, (Hombre Nuevo Editores, 2011).

ANDRÉS DELGADO. Medellín, 1978. Ingeniero y escritor. Autor de la novela *Sabotaje*, (Planeta 2012).

DAVID E. GUZMÁN. Medellín, 1976. Periodista y guionista. Colaborador y miembro del comité editorial de *Universo Centro*. Reportero de *AgenciaPinocho.com*.

EDUARDO ESCOBAR. Envigado, 1943. Poeta y escritor. Autor de *Cuando nada concuerda*, (Siglo del Hombre Editores, 2013)

ELKIN OBREGÓN. Medellín, 1944. Escritor y caricaturista.

FERNANDO MORA MELÉNDEZ. Palmira, Valle, 1963. Escritor. Profesor de la Universidad Eafit y miembro del comité editorial de *Universo Centro*.

FRANCISCO SILDARRIAGA. Medellín, 1976. Periodista, guionista y realizador de televisión.

GLORIA ESTRADA. Medellín, 1976. Periodista e investigadora. Editora de Crealettras, firma productora de contenidos.

GUILLERMO CARDONA. Medellín, 1961. Comunicador social y escritor. Asesor de la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín. Autor de *Batallas de campeón*, (Planeta, 2011)

HERNANDO GONZÁLEZ. San Juan de Urabá, Antioquia. 1965. Educador. Autor del libro de cuentos *Saudade por Gary Coleman*, (Cámara de Comercio de Medellín 2009)

IGNACIO PIEDRAHÍTA. Medellín, 1973. Geólogo y escritor. Autor de *Al oído de la cordillera* (Fondo Editorial Eafit, 2011).

JAIRO OSORIO. Caramanta, Antioquia. 1954. Periodista y fotógrafo. Director del Fondo Editorial de la Universidad Autónoma Latinoamericana.

JORGE IVÁN AGUDELO. Medellín, 1980. Escritor. Autor de *La calle por cárcel*, (Editorial Universidad de Antioquia, 2010).

JOSE GABRIEL BAENA. Medellín, 1952. Novelista, periodista, traductor y pintor dominical después de misa.

José GUARNIZO ÁLVAREZ. Ibagué, 1980. Periodista. Premio Rey de España 2010-2011. Autor de *La patrona de Pablo Escobar*, (Planeta, 2012).

JUAN ALBERTO GÓMEZ. San Luis, Antioquia. 1974. Periodista.
JUAN CARLOS ORREGO. Medellín, 1974. Antropólogo y escritor. Docente de la Universidad de Antioquia. Autor de *La isla del gallo*, (Eafit, 2013)
JUAN GUILLERMO ROMERO. Medellín, 1973. Periodista y escritor. Autor de *Vidas de feria*, (Fondo Editorial Eafit, 2013).

JUAN MIGUEL VILLEGAS. Medellín, 1976. Periodista. Editor del portal de la Red de Bibliotecas de Medellín. Director creativo de *AgenciaPinocho.com*.

JULIÁN ESTRADA. Bogotá, 1951. Antropólogo, profesor universitario y periodista gastronómico.

LÍDERMAN VÁSQUEZ. Cartagena, 1962. Poeta y cuentista. Autor del libro de poemas *Anáfora del agua* (Fundación Arte y Ciencia, 2008).

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ. Supía, Caldas, 1960. Arquitecto. Profesor asociado, Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, sede Medellín.

MARGARITA ISAZA VELÁSQUEZ. Rionegro, Antioquia, 1984. Periodista. Investigadora de la Universidad de Antioquia.

MARIA ISABEL NARANJO. Medellín, 1985. Periodista. Cronista de *Universo Centro*.

MARIA LUISA RESTREPO. Medellín, 1978. Historiadora. Docente de la Fundación Luis Antonio Restrepo y la Academia Yurupary.

MAURICIO LÓPEZ. Medellín, 1978. Periodista. Ha trabajado en Telemedellín, Caracol Radio, *El Tiempo* y *El Mundo*.

PABLO MONTOYA. Barrancabermeja, 1963. Escritor. Profesor universitario. Autor de *Un Robinson cercano, diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX*, (Fondo Editorial Eafit, 2013).

PASCUAL GAVIRIA. Medellín, 1972. Abogado y escritor. Editor de *Universo Centro* y periodista del programa radial *La Luciérnaga*.

PAULA CAMILA O. LEMA. Medellín, 1986. Periodista. Asistente editorial y cronista de *Universo Centro*.

PEDRO CORREA OCHOA. Santa Rosa de Osos, Antioquia. 1983. Periodista del Sistema de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

REINALDO SPITALETTA. Bello, Antioquia. 1954. Comunicador social-periodista. Escritor, docente universitario y columnista de *El Espectador*.

RICARDO ARICAPA. Riosucio, Caldas. 1956. Escritor. Periodista independiente y docente universitario.

ROBERTO LUIS JARAMILLO. El Jardín, Antioquia. 1948. Abogado e historiador.

CRÉDITOS DE IMÁGENES

Tabla de convenciones

Se usan las siguientes abreviaturas para ubicar las imágenes, acompañadas del número de página correspondiente:

Crono.: cronología / **Sup.:** Superior / **Med.:** Medio / **Inf.:** Inferior / **Der.:** derecha / **Izq.:** Izquierda.

ARCHIVOS INSTITUCIONALES

Archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto

Anónimo: 40, 264 Inf. Izq., 309 Sup.

Archivo periódico *El Correo*: 126, 293, 324

Benjamín de la Calle: 21 Inf., 22 Crono. Inf., 24 Crono., 38, 114 Crono.

Sup., 115 Crono. Inf., 116 Med., 117 Inf., 264 Crono. Med., 340 Sup.

Daniel A. Mesa: 68 Sup.

Digar: 117 Crono., 292 Izq.

Francisco Mejía: 67 Crono., 68 Crono. Inf., 68 Inf., 69, 71 Sup., 71 Med., 100 Sup., 217 Inf., 218, 219, 291 Sup.

Gabriel Carvajal: 25 Crono. Sup., 25 Crono. Inf., 26 Sup., 41 Sup., 68

Crono. Sup., 69 Crono., 70 Crono. Sup., 70 Crono. Med., 70 Crono.

Inf., 71 Inf., 72, 73 Sup., 96 Sup. Izq., 99 Inf., 100 Med., 122, 124, 125,

151 Inf., 153, 179 Crono., 180, 219 Crono. Med., 220, 266 Sup., 288,

291 Inf., 292 Sup. Der., 292 Inf. Der., 309 Med, 309 Crono., 310 Crono.

Sup., 310 Crono. Inf., 310, 311

Gonzalo Escovar: 25, 114 Crono. Inf., 115, 117 Sup., 145 Sup., 217 Sup., 236, 264 Inf. Der., 308 Crono.

Gonzalo Gaviria: 216

Horacio Gil Ochoa: 118, 118 Crono., 119 Crono. Sup.

Jorge Obando: 24, 123, 178 Crono. Inf., 179, 218 Crono., 264 Crono. Inf.

León Ruíz: 96 Inf. Izq., 306 Crono. Inf.

Manuel Lalinde: 116 Crono., 116 Sup., 145 Inf., 262 Crono. Inf., 263, 263

Crono. Inf., 264 Crono. Sup., 264 Sup., 307 Crono.

Melitón Rodríguez: 20, 21 Sup. , 22, 23, 23 Crono. Inf., 39, 116 Inf., 146,

150, 216 Crono. Sup., 305 Crono., 306 Crono. Sup., 308, 309 Inf., 340

Inf.

Óscar Duperly: 115 Crono. Sup.

Padre Andrés María Ripol: 98

Pastor Restrepo: 19, 21 Crono., 262 Crono. Sup., 305, 341,

Paulo Emilio Restrepo: 23 Crono. Sup., 67, 306, 307

Rafael Mesa: 178 Crono. Sup.

Archivo Histórico de Medellín

22 Crono. Sup., 41 Inf., 144, 258

Archivo Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín

119 Crono. Inf.

Archivo fotográfico del Museo de Antioquia

10, 19 Crono. Sup., 71 Crono., 91, 102-105

Archivo General de la Nación

13, 18 Crono. Sup., 66 Crono. Sup., 215, 304 Crono. Inf.

Archivo fotográfico del Hotel Nutibara

99 Sup., 99 Med., 100 Inf.

Archivo fotográfico de la Fundación Ferrocarril de Antioquia

120 Crono. Sup., 121, 147, 181 Crono. Inf.

Archivo fotográfico MUUA (Museo Universitario - Universidad de Antioquia)

217 Crono. Inf., 219 Crono. Inf, 238 Sup. Izq.

Archivo fotográfico Colegio Salesiano El Sufragio

263 Crono. Sup., 265 Crono., 266 Crono., 272, 273

Archivo fotográfico periódico *El Mundo*

26 Inf., 26 Crono. Inf.

ARCHIVOS PARTICULARES

Alonso Cano: 92 Med.

Anónimo: 290 (cortesía Jairo Osorio Gómez), 304 Crono.

Sup.

Archivo familia Restrepo Nicholls: 289 Sup. Izq.

Carlos Díez: 37, 108, 109, 133, 209, 239, 285, 347

Clara Lucía Grisales: 180 Crono. Inf., 181 Crono. Sup.

Daniel Gómez: 14, 15

Fernando Olarte: 92 Inf.

Jairo Osorio Gómez: 96 Der., 119, 120, 148, 151 Sup., 151

Med., 152, 181, 219 Crono. Sup., 289 Inf. Izq.

John Jairo Jaramillo: 180 Crono. Sup., 182

Jorge Uribe: 351

Juan Fernando Ospina: 6, 7, 8, 18, 26 Crono. Sup., 27, 27

Crono., 28- 36, 42, 44-56, 58-63, 66, 73 Inf., 74-84, 86-

90, 93-95, 101, 106, 107, 110, 114, 120 Crono. Inf., 121

Crono., 127, 128, 130-132, 134-140, 143, 154, 156-160,

162-166, 168-175, 178, 183-200, 202-208, 210, 214, 220

Crono., 221-230, 232- 235, 237, 238 Sup. Der., 238 Inf.,

240, 242-256, 259, 262, 266 Inf., 267, 267 Crono. Sup.,

267 Crono. Inf., 268-271, 274-284, 286, 289 Der., 294,

296-301, 304, 311 Crono., 312-323, 325-339, 342-346,

348-350, 352, 354, 355, 359, 360. Insertos, fotografías

actuales.

Rodrigo Maldonado: 92 Sup.

Sebastián Restrepo Sierra: 17, 65, 113, 177, 213, 261, 303

Theodor de Bry: 19, Crono. Inf.

Imágenes tomadas de internet bajo la licencia Creative

Commons: 20, Crono. Sup., 20, Crono. Inf., 66 Crono.

Inf., 214 Crono. Sup., 216 Crono. Inf.



Este libro está encomendado a Nuestra Señora de los Minutos, patrona de los parques de Medellín.



› María, Parque de Berrío.

De parque en parque,
este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2013

Bogotá, Colombia